

centro

Centro de Estudios Sociales AVANCE

AVANCE

Simón Bolívar 1846 - Santiago - Chile
Teléfono 461731

AVANCES-12

EL ALLENDISMO Y SU VIGENCIA

GUARANI PEREDA
OSVALDO PUCCIO
ANTONIO CORTES
PATRICIO QUIROGA
JORGE ARRATE
ERNESTO AGUILA
CLODOMIRO ALMEYDA

INDICE

PRESENTACION	3
EL ALLENDISMO Y SU VIGENCIA	
GUARANI PEREDA-OSVALDO PUCCIO-ANTONIO CORTES	
ESTACIONES DE UNA VIDA:	9
SALVADOR ALLENDE GOSSENS (1908-1973)	
PATRICIO QUIROGA	
LA VIA CHILENA AL SOCIALISMO	19
JORGE ARRATE	
DEL PENSAMIENTO DE SALVADOR ALLENDE	29
ERNESTO AGUILA	
LOS LEGADOS DE SALVADOR ALLENDE	39
CLODOMIRO ALMEYDA	

PRESENTACION

EL ALLENDISMO Y SU VIGENCIA

En medio del actual esfuerzo de la izquierda y el socialismo por reconstruir una propuesta adecuada a los nuevos tiempos, se ve asomar el fantasma creado por Francis Fukuyama, que inhibe el imprescindible y desprejuiciado rescate de lo grande, valioso y vigente del pasado del movimiento popular chileno, sin lo cual todo esfuerzo renovador resulta falso e inútil.

El intelectual nipo-norteamericano afirmó -en un ensayo que recorrió los "siete mares" y conmovió a los círculos más activos de la intelectualidad cosmopolita- que como resultado del triunfo terminal del liberalismo sobre el socialismo, la historia de la humanidad ha llegado a su fin. El capitalismo es, de ahora en adelante, la historia. El socialismo -como idea, como fin, como propuesta- ha pasado a la condición de pieza de museo. Tal la tesis de Fukuyama, a la que sólo tomaremos de referencia.

Dicha tesis tiene una resonancia local en la desvalorización al límite de lo que pudieran considerarse legados de Salvador Allende. Las concepciones del líder socialista habrían demostrado -siguiendo una lógica fukuyamista- su total e irreversible equivocación el 11 de Septiembre de 1973. O sea que, en la misma forma en que Fukuyama considera "enterrada" la idea socialista a escala mundial, la catástrofe en que culminó la experiencia del Gobierno Popular habría arrastrado consigo al allendismo. De donde se deduce que todo esfuerzo por reponer la obra y el pensamiento de Allende como fuente inspiradora de una propuesta nueva, en sintonía con las nuevas realidades del país, del continente y del mundo, resulta absolutamente inútil, a contrapelo de la historia.

En ajustado respeto a los hechos, debemos reconocer que en Chile, mucho antes de que Fukuyama escribiera su divulgado ensayo -tal vez una década antes- su lógica y conclusiones se hicieron presentes al interior del perímetro socialista a través de quienes comenzaron a plantear que vivíamos una "crisis de los paradigmas" y un verdadero "fin de las utopías", enfoque que no excluía de tal colapso a los propios paradigma y utopía socialistas.

Sin entrar en un análisis acucioso de tal punto de vista -que se ha hecho presente con muchas matizaciones, a veces sesgado desde la izquierda, otras desde la derecha-, avanzaremos dos cuestionamientos que nos parecen fundamentales.

En primer lugar consideramos imprescindible que se asuman y debatan -por parte de quienes cuestionan la vigencia del allendismo como concepción global, o de sus ingredientes sustantivos- las proposiciones concretas de Salvador Allende. En la serie de ensayos incluidos en este AVANCES-12 consideramos que están incluidos los principales componentes teórico-políticos del allendismo, o por lo menos dejan desbrozado el camino para un descarte o una más prolija selección y valoración, e incluso

para agregaciones más fáciles por parte de quienes no compartan los análisis y preferencias de los autores.*

Nos referimos a conceptos como unidad (social y política) de las fuerzas populares; el carácter democrático y antimperialista del programa de transformaciones estructurales requeridas por el país y la perspectiva socialista de la revolución nacional; la combinación del interés popular con la búsqueda de una mayoría nacional que sostenga socialmente aquel programa y revolución; la movilización social y política de masas y no la vía armada como el "método de lucha" en el contexto de un régimen político democrático, así como la plena utilización del instrumental institucional que éste ofrece; la postulación de un socialismo con irrestricto respeto a las libertades y derechos políticos individuales y colectivos logrados ya en condiciones de la democracia liberal (burguesa); en fin, la fusión de todos esos elementos en una formulación de estrategia y régimen político que Allende llamó vía chilena al socialismo. Pueden aceptarse o rechazarse en su totalidad o parcialmente ese conjunto de conceptos o componentes del allendismo, pero lo que intelectualmente no resulta lícito es pretender "sepultar" el allendismo sin aludir a ellos en forma concreta, se los considere y analice en cualquier orden y reagrupados o priorizados como se estime más conveniente.

Reafirmar o rechazar la vigencia del allendismo, y aún definir el allendismo y su vigencia o eventual obsolescencia supone, en cualquier circunstancia, una aproximación a lo específico de las concepciones de Salvador Allende. Podrá sostenerse que el 11 de Septiembre de 1973 colapsó definitivamente el allendismo, pero ello exige algún esfuerzo de demostración. De lo contrario sería lo mismo que afirmar que por el solo hecho de que las primeras pruebas de una vacuna anti-SIDA no dieron resultado positivo, toda la investigación que las antecedió tiene valor cero; o que el advenimiento del estalinismo, por haberse pretendido la realización del socialismo, acabó con toda ilusión socialista. Si así se aceptara, la aludida lógica y la conclusión de Fukuyama resultarían valederas. Es decir que el socialismo sería una idea sin vigencia histórica.

Existe otro ángulo desde el cual resulta peligrosamente devaluada la importancia del allendismo. Un repaso a la literatura sobre Salvador Allende, en especial la ensayística referida a su obra y pensamiento político, permite comprobar que la intelectualidad progresista le otorga relevancia a las dimensiones explícitas o propositivas de sus mensajes, pero descuida el fenómeno allendista como expresión de una madurez de la conciencia popular y del desarrollo cultural y político del país.

Salvador Allende y el allendismo constituyen un fenómeno político e ideológico tan profundamente enraizado en la historia de Chile y América Latina que por sí mismo da (o puede dar) cuenta de nuestra realidad nacional y continental (claramente de la primera, más genérica de la segunda).

Desatender a esta dimensión del allendismo entraña también una similitud con la lógica de Francis Fukuyama, aunque se trata de una coincidencia que antecede y excede al tipo de elaboración del "nisei" por cuanto se corresponde con el ancho espacio cubierto por las escuelas ideológicas o filosóficas a-historicistas.

En la óptica de Fukuyama se concluye, como hemos afirmado al inicio, en el triunfo ya irreversible del capitalismo sobre el socialismo. No importan los factores específicos que condujeron (digamos, que habrían conducido) a tal "victoria" y menos aún cuál es el capitalismo concreto que fue capaz de ese "triunfo" ni de qué socialismo (derrotado) se trata. Fukuyama habla simplemente del capitalismo, o del capitalismo liberal, en general, y del socialismo en general, de la misma manera en que los "marxistas" fundamentalistas han asumido la lucha entre ambos sistemas como entre dos entes abstractos, que no existen ni han existido en ninguna parte del mundo.

Por el contrario, a medida que se van develando las razones o causas políticas, económicas y sociales del derrumbe de los "socialismos reales" del Este europeo, creemos que se han ido multiplicando las condiciones para el éxito de una renovada propuesta socialista a escala planetaria.

* Existen muchísimos otros trabajos sobre el tema, tanto exegéticos como críticos de las concepciones de Allende, entre los cuales, y notoriamente del primer tipo, el de Antonio Cortés T., *Salvador Allende y el allendismo posible*, incluido en AVANCES-7.

Esta convicción nuestra no nace de un porfiado voluntarismo por "oxigenar" un languideciente ideal socialista -porfía por lo demás propia y legítima del ser humano-, sino que es fruto del mirar y analizar los procesos de implantación, desarrollo y caída del socialismo en varios países y de las situaciones críticas que atraviesa en otros, e igualmente las realidades del capitalismo, sus dinámicas, sus "haber" y sus "deber", tan visibles e importantes como aquellos.

La democracia política, los derechos individuales, la autonomía de las organizaciones sociales, la iniciativa privada y el mercado, nunca fueron desechados por el socialismo desde sus albores en la época moderna ni por la teorización marxista; sin embargo tampoco fueron contemplados como elementos constituyentes de la propuesta socialista. (En los orígenes existieron razones comprensibles de esa subestimación). Sin embargo, esos conceptos hoy son apreciados como imprescindibles al régimen socialista y esta revalorización resulta en grado superlativo del examen abierto y radical de las dificultades y fracasos del "socialismo real", examen que para ser socialmente productivo requiere también de una gran entereza y voluntad de hacerse cargo de las falencias propias.

Así arribamos a una primera conclusión básica en este lato preámbulo: es el decurso de los procesos históricos reales -infinitamente múltiples en sus coherencias y contradicciones-, lo que ha demostrado la necesidad esencial (no solo supletoria) de la democracia en el socialismo, que sin democracia (política) el socialismo no es viable. Lo ya adelantado: existe un vínculo obligado entre toda concepción abstracta y el escenario histórico-concreto en que aquella se da, escenario que incluye la esfera de las ideas pero que es mucho más amplio.

El allendismo suele ser encarado como un todo completo, que puede analizarse en relación a otros todos completos abstractos. Pocas veces se lo entiende como una creatura teórico-política cuya paternidad pertenece tanto a la "cabeza" de un hombre como a un sujeto social colectivo y a un espacio y tiempo histórico determinado. Es así que se "mide" la formulación política de Allende en relación a ciertos conceptos que se estiman absolutos (todos completos), como "democracia", "revolución", "legalidad", "antimperialismo", "reformismo", "hegemonía", "consenso", "unidad", "izquierda", "popular", etc., como si estos conceptos no tuvieran vida (origen y desarrollo) ni cupiera someterlos a lecturas circunstanciadas.

Otra breve divagación teórica. Todo hecho social resume y refleja, más o menos acabadamente, procesos universales. Y en reverso: los procesos universales no pueden hacerse ostensibles sino a través de hechos concretos. Con Marx: "lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso". Lo "múltiple" y "diverso" es cuantitativamente infinito, universal. Pero lo concreto es una "síntesis", por lo que no es idéntico a infinito ni a universal. Es concreto porque se distingue, se diferencia, tiene perfil propio, está acotado en el tiempo y en el espacio (económico, social, cultural).

El allendismo es algo concreto no sólo como propuesta política sino también como fenómeno socio-político. **El allendismo es una respuesta política a la demanda socialista en Chile y América Latina.** La capacidad creadora de Allende reposa en la autenticidad nacional-continental (de Patria Chica y Patria Grande) de sus concepciones, y no sólo en la singularidad de las soluciones que postuló en su discurso.

Elevémonos algo más a lo concreto. Salvador Allende no formó parte del grupo principal de los hombres que dieron perfil ideológico y político al Partido Socialista en 1933, no obstante que desde los ámbitos universitarios ya había probado su vocación por la lucha social y a que fue uno de los fundadores del PS en Valparaíso. Pero su identidad con los horizontes cristalizados en la Declaración de Principios del PS fue plena e inmediata. De allí en adelante Allende no sólo recorrió todo el proceso de maduración de los planteamientos fundantes del PS en su primera década sino que rápidamente se fue alzando como figura sobresaliente en la consolidación y enriquecimiento de aquellas propuestas. Y en los años 50, y con mayor realce aún en los 60 y 70, la suya se convirtió en la más global y sólida concepción dentro del arco socialista chileno, con efectos expansivos hacia el resto de América Latina.

El allendismo es parte y a su vez una versión del socialismo chileno. Así se desprende de la historia real. Como otras tendencias que desde su nacimiento y en el curso de las décadas fueron engrosando el acervo teórico-político del PS, el allendismo lo integró y potenció al máximo -en determinadas circunstancias históricas- su capacidad de convocatoria social. Es un error, por tanto, absolutizar la identidad entre socialismo chileno y allendismo. Sin menospreciar la razón política que

puede justificar esa identificación, teóricamente es un error por cuanto, por un lado, desdibuja la real evolución ideológica del PS y su intrínseca conflictividad, y por otro diluye algunos rasgos propios de las concepciones de Salvador Allende. Igualar al PS con Allende resulta empobrecedor tanto del PS como del allendismo.

Por otra parte, si una identificación absoluta como la señalada es falsa, más falso aún es concebir al PS y al allendismo como dos cosas independientes, con vida propia y capacidad de autodesarrollo al margen del otro. En tal sentido, Allende y el PS constituyen un conjunto indisoluble.

Entendiendo esa histórica relación de unidad y tensión (identidad y diferencia) que ha dado carácter al socialismo chileno, es posible asimilar la idea y potencialidad del pluralismo que hoy revive en el seno del PS.

Retomando al eje de nuestra argumentación, sostenemos que el allendismo es tan parte del pensamiento y la cultura política nacional cuanto lo es el socialismo mismo.

Innecesario es abundar en argumentos sobre la segunda parte de la afirmación anterior. Sólo señalaremos el destacado protagonismo de los socialistas en el movimiento sindical y gremial chileno -uno de los más si no el de mayor influencia en América Latina-; su alta performance en los procesos electorales, con un rango medio del 10 al 15% de las preferencias de la ciudadanía en un ciclo electoral de más de medio siglo; su participación decisoria (no marginal) en diversos gobiernos distantes entre sí: con el Frente Popular, con Carlos Ibáñez, en el de la Unidad Popular y ahora con Patricio Aylwin; el haber llevado a Salvador Allende a la Presidencia de la República; y posiblemente lo más indicativo respecto a su vigencia, el haber emergido como una importante fuerza política nacional luego de sufrir la más despiadada persecución durante los 16 años de una de las más crueles dictaduras antisocialistas de la historia contemporánea. Es decir que el Partido Socialista se ha constituido en un eje de referencia obligado del comportamiento político de las clases populares.

Reiterando una idea ya dicha, esa presencia nacional y sostenida en el tiempo del PS es resultado del engarce que logró establecer con los sectores humildes y medios del pueblo chileno, en virtud de la capacidad de convocatoria e identificación con los sentimientos nacional-populares que le imprimió el allendismo al ideario socialista universal.

El ejemplo y las concepciones de Salvador Allende empalmaron al Partido Socialista con los intereses democráticos, nacionales y populares que han impreso su sello a la cultura política chilena. El propio Allende simbolizó reiteradamente esos intereses a través de las figuras de Caupolicán, O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Balmaceda, Recabarren y Pedro Aguirre Cerda.

Salvador Allende es auténtica continuidad de esa secuencia, no tanto en su calidad de "agente" de un pensamiento universalista -como lo es el socialismo- sino por su anclaje -desde el socialismo- en la realidad nacional (y continental). Recurriendo a la imagen con que el Che describió la relación entre Fidel y el pueblo cubano, podríamos decir que Allende y el pueblo chileno, y más aún, Allende y la realidad chilena llegaron a ser como dos diapasones que, al vibrar uno, provoca sucesivas y condicionadas vibraciones en el otro.

La capacidad realizadora y hegemónica que demostró el allendismo no radicó tanto en la lógica o coherencia de su diseño teórico (abstracto) -plano en el que otras proposiciones pudieron competirle y cuestionarle vacíos e insuficiencias-, sino en que sus concepciones fueron, lejos (desde la izquierda), las que más "escucharon" y "respondieron" a la realidad social, económica y política chilena y en especial al sentido común del pueblo chileno.

Allende pudo ser y fue innumerables veces contestado por sus disonancias con las "leyes generales" o los "principios" establecidos en los textos. Sin desmerecer la importancia de aquellas "regularidades" o "leyes" surgidas y confirmadas por otras experiencias históricas, Allende prefirió siempre el riesgo de la prueba sobre el "terreno" pues sostenía que -sobre todo en la política- las lecciones universales siempre son relativas y revocables. Lo haya o no lo haya leído, coincidía con Hegel en que "los principios son generales y no significan gran cosa" (porque "los principios son la conciencia de la cosa y la cosa es muchas veces mejor que la conciencia").

Es debido a esa actitud ante la teoría y ante la vida que Allende paralogizó a buena parte de la izquierda chilena -incluyendo a una gruesa franja de los socialistas-, cuando en mayo de 1971 hizo su propuesta de "vía chilena al socialismo" ante el Congreso Pleno. No fue aquel un planteamiento del todo nuevo de su parte, pero sí impactó por su claridad y globalidad. Dicha paralogización no se debió

sólo a su audacia de anteponer -desde una confesión socialista y marxista- una fórmula distinta a la de la "dictadura del proletariado" y de la "vía violenta", sino sobre todo a que en ella resumió con excepcional brillo la realidad específica de Chile y a que ofreció un camino adecuado (o que estimó el más adecuado) a Chile.

Muchos, más bien en voz baja, cuestionaron su formulación porque violaba o desconocía lo establecido en las "leyes" (de la revolución, según el marxismo más propagado), pero nadie fue capaz de replicarle con una propuesta más idónea para aquella realidad chilena. Le retrucaron -reiteramos, en sordina o en privado- con las "leyes generales", con los "principios", pero no le pudieron anteponer un esquema que, a la par de distinto, considerara e integrara cuestiones tan esenciales como la existencia de un Estado de Derecho, de un sistema político y de una institucionalidad democráticos, de una poderosa y cohesionada fuerza militar del Estado, y además una mentalidad profundamente legalista en el pueblo chileno, aspecto subrayado por Allende en su Mensaje y siempre eludido por sus críticos. (Muchos otros elementos de la realidad chilena fueron procesados en la formulación allendista, pero sólo hemos subrayado aquellos que hacen al núcleo de las diferencias y del debate con sus opositores de izquierda, sin subestimar otros factores igualmente importantes en torno a los cuales no hubo discrepancias fundamentales).

Cabe recoger el argumento de que la estrategia allendista no resolvió el problema de la contrarrevolución violenta de la burguesía y el imperialismo, previsible según la experiencia universal y registrada en los textos. Pero Allende intentó darle una respuesta en términos teóricos, y asumió el desafío con todas sus consecuencias, cuestión en la que dio una lección que enmudeció a muchos de sus censores. En los hechos su esfuerzo teórico no pasó el examen, aunque las causas concretas del mal resultado siguen siendo tema de discusión. No obstante, lo que sí parece claro es que ni entonces ni con posterioridad al 11 de septiembre de 1973 hubo un planteamiento de los críticos de la "vía allendista" que tomara cabalmente en serio aquellos componentes de la realidad chilena que Allende sí consideró. El recurso a las "leyes generales" les permitió eludir las circunstancias reales, es decir lo concreto.

Ahí radica quizás el valor más trascendental del allendismo, que permite hablar de su plena vigencia: su inquebrantable voluntad práctica y teórica de encarar la lucha social y política en el terreno social y político concreto.

Tal es la esencialidad del allendismo: apuntar permanentemente a los objetivos mayores -nunca se acaban las utopías- a través de la realidad; construir teoría y fuerza desde el escenario mismo de la lucha; recabar de los libros todo pero no más de lo que los libros pueden dar. Y los libros no pueden dar soluciones concretas para problemas concretos, que por ser concretos son siempre diferentes a cualquier otro concreto, pues las teorías son construidas a partir de otros concretos, pasados y distantes -aunque sean cercanos y recientes-, en definitiva distintos.

Chile, América Latina y el mundo son radicalmente distintos a los que Salvador Allende vivió y bregó por transformar en un sentido socialista.

Sirva lo dicho, y en especial los trabajos que siguen, para aquilatar la vigencia teórica del allendismo. Más allá de ese marco intelectual del tema, existe un allendismo que palpita en los corazones de mucha gente y que puede dar grandes sorpresas a la teoría. Es por eso que, en un esfuerzo por ser allendistas, creemos que es a esos latidos a lo que más debemos atender.

GUARANI PEREDA - OSVALDO PUCCIO - ANTONIO CORTÉS

ESTACIONES DE UNA VIDA: SALVADOR ALLENDE GOSSENS

(1908 - 1973)

PATRICIO QUIROGA Z.

*El siguiente es el texto de introducción
al tomo II de las Obras Escogidas de
Salvador Allende, en proceso de
edición, cuyo compilador y anotador es
Patricio Quiroga.*

Las siguientes páginas darán cuenta de la inserción de Salvador Allende en la escena histórica nacional. El objeto es señalar los servicios prestados a la nación por este hombre vital, vía por la que se desmoronan los intentos del Estado autoritario por mancillar la memoria de un hombre que sucumbió en defensa de sus ideales.

Sin el rescate de Allende, sin la reivindicación de su figura y proyecto, la historia de Chile quedará trunca, siendo esto una cruel paradoja, ya que el dirigente de la izquierda chilena ingresó antes a los anales de la historia universal que a los de su Patria por la acción silenciadora de una dictadura que se cimentó sobre el holocausto. Pero ningún autoritarismo posible puede privar de memoria a sus conciudadanos por muy grueso que sea el manto de olvido con que se pretenda cubrir las verdades de la vida.

I

Situar a Salvador Allende en la historia nacional implica valorar el rol de una familia que, desde los albores del proceso que condujo a la Independencia, puso sus esfuerzos al servicio de la nación. De esa manera queda claro que no arribó fortuitamente al lugar que le deparó el destino. Muy por el contrario, recoge un legado familiar ligado a una concepción de *progreso social*, tendencia que en sus manos alcanzó una *dimensión socialista*. Allende vivió, pues, la historia por la sangre del ancestro de sus antepasados.

En los albores mismos de la constitución del Estado-Nación, Ramón Allende y Gregorio Allende Garcés dejaron la impronta de sus acciones. Al respecto José Zapiola señaló que "habían pertenecido al ejército desde la campaña de 1813 y habían alcanzado fama por su raro valor".⁽¹⁾ En efecto, Gregorio ostentó el grado de alférez por méritos estrictamente militares, figurando su nombre, en mención a su bravura, en la orden del día de O'Higgins y Alcázar, quienes lo destacaron como el más valiente de los oficiales que se habían batido en Cucha Cucha. Ramón no quedó a la zaga, puesto que alcanzó las estrellas de capitán en el célebre regimiento "Húsares de la muerte", comandado por el no menos célebre guerrillero Manuel Rodríguez. Merced a estos servicios le fue conferida la jefatura del Escuadrón Escolta del Director Supremo, capitán general Bernardo O'Higgins. Ligados al proyecto sustentado por José Miguel Carrera, ambos marcharían a poner su espada bajo las órdenes del Libertador Simón Bolívar.⁽²⁾ Empero, los datos expuestos podrían

(1) Véase José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, varias ediciones.

(2) Edesio Alvarado, *Allende, su vida y sus antepasados*, en *Vistazo* N° 624, Santiago, 31/7/1964; también *Genio y figura de un Presidente*, en *El Siglo* del 31/8/1970.

pasar desapercibidos en su significación bajo la tendencia actualmente imperante en la historiografía nacional, ya que se ha impuesto un punto de vista que transforma los procesos históricos en una retahíla de nombres, fechas y efemérides militares. Pero el episodio cobra otra dimensión si se sitúa en el marco de la época correspondiente, en este caso en el período de ruptura con el dominio colonial español, reflejo de la maduración del Estado-Nación en América Latina.

En los antepasados que actuaron en los acontecimientos que dieron nacimiento al Estado Nacional chileno, Salvador Allende encontró una superación de lo caduco (la "siesta colonial") y un compromiso con lo nuevo (el emergente "Chile soberano"), encauzando con su participación procesos similares a los dirigidos por Cromwell o Garibaldi en la perspectiva de la unificación y estructuración del Estado.⁽³⁾ A fines de la Colonia "el reino de Chile" constituía ya una nación con rasgos propios generados en las entrañas del colonialismo español; es una comunidad estable, históricamente constituida, caracterizada por la existencia de una unidad geográfica territorial, una comunidad cultural y lingüística, una demarcación político-administrativa, con existencia de mercados internos y externos, bases materiales específicas, un ethos propio y estructura de clases y étnicas peculiares.⁽⁴⁾ La aparición de la nación, entonces, remite a una categoría histórica surgida de un proceso de larga duración correspondiente a una época determinada, como es la del ascendente capitalismo. El Estado -entendido en una triple dimensionalidad, como órgano de hegemonía, consenso y negociación y como espacio de competencia y confrontación- también es un producto histórico, constituyendo su formación el resultado terminal de un conflicto ante el cual debían actuar los contemporáneos. El dilema que enfrentaban los chilenos era continuar bajo los dictados de la corona o asumir la responsabilidad de la lucha liberadora, interrogante que los antepasados del presidente-mártir resolvieron enrolándose en los ejércitos de la Patria Vieja.

Siguiendo la prosapia de la familia Allende, encontramos la figura de Vicente Padín, decano de la Facultad de Medicina y Fundador del Hospital San Vicente, de cuya línea desciende Ramón Allende Padín, uno de los más destacados antecesores, caracterizado por la prensa de la época como "*el rojo Allende*" por sus ideales de redención social. Nacido en 1845, fue un infatigable actor político que llegó a ejercer una poderosa influencia en círculos radicales y masones; en 1876 fue elegido Diputado y algunos años más tarde Senador de la República. En su calidad de animador de círculos masónicos fue Venerable Maestro de la logia Aurora N^o 6 en Valparaíso y Gran Orador de la "Gran Logia de Chile" en Santiago. Ante las contingencias desatadas por la Guerra del Salitre (1879-1883), el fogoso antepasado resolvió enrolarse en el famoso regimiento 7^o de Línea, Esmeralda, y al igual que otros tantos civiles se abocó -desde su frente- a la conducción de la guerra y en su caso a la creación de la Superintendencia del Servicio Sanitario,⁽⁵⁾ esfuerzo que debilitó su salud al extremo que en noviembre de 1884, un mes más tarde que el gobierno lo condecorara con la más alta de las órdenes nacionales por sus contribuciones en el campo de batalla, exhalaba su último suspiro.

Prematuramente fallecido, los funerales de Ramón Allende Padín dieron paso a genuinas muestras de dolor: hombres de la talla de J. M. Balmaceda, Dublé Almeyda, Emilio Sotomayor y otros portarían el féretro hasta su última morada. El corolario lo puso, en sentidas palabras, Enrique Mac Iver, quien al despedir los restos lo calificó como "*un ejemplo para todos*". Ejemplo que habría de influir poderosamente en la vida de Salvador Allende, como él mismo lo señalara.⁽⁶⁾ Comprensible admiración si se toma en cuenta que el de Ramón Allende es un típico fresco de aquella emprendedora burguesía del siglo pasado que recorrió los salares, que logró impulsar la separación del Estado y la Iglesia, que contribuyó a proyectar el Estado moderno y que prestó

(3) Patricio Quiroga, *La génesis histórica de las fuerzas armadas chilenas*, en Cuadernos de Orientación Socialista N^o 6, Berlín, 1982.

(4) Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1982.

(5) Véase Josef Lavretsky, *Salvador Allende*, Moscú, 1978; José Martínez, *Allende: su vida y su pensamiento político*, Santiago, 1989.

(6) Al respecto consúltese la entrevista concedida por Salvador Allende a Regis Debray, ed. Siglo XXI, México, 1972.

innegables servicios al florecimiento del modo capitalista de producción, aportando a la ampliación del ecúmene nacional y en el caso del "rojo Allende" a la apropiación por parte de Chile de ricos emporios salitreros que vitalizaron el Herario dando lugar a un período de bonanza económica sin precedentes.

Pero los servicios prestados al país no se agotaron con la desaparición física de Allende Padín, a quien lo sucedió la rama de los Allende Castro. Guillermo, el médico, revalidó por primera vez en los Anales de la Universidad de Chile el título de médico en universidades españolas y alemanas. Tomás, cirujano-dentista, desde la cátedra universitaria dio brillo a la profesión, proyectando además los ideales heredados del progenitor. Ramón fue Alcalde Santiago. De éste Salvador Allende siempre destacó su solvencia moral demostrada ante la opinión pública nacional en ocasión de un diferendo con la "Chilean Electric Tramway", empresa que intentó un fraudulento negocio que lesionaba el interés de los habitantes de la ciudad de Santiago, peculado ante el cual el alcalde Allende se opuso debiendo soportar duras críticas de la empresa y la oligarquía desde el influyente periódico "El Ferrocarril".

Finalmente debemos detener la vista en los progenitores. La madre, Laura Gossens, contó entre los suyos al tío Arsenio, estudiante de Derecho y Filosofía inolado en defensa de sus ideales cuando los acontecimientos de la guerra civil que ensangrentó a Chile en 1891. Salvador Allende Castro, el padre, fue abogado-representante de Chile en el Comité de Quejas que actuó en el plebiscito de Tacna y Arica (1929); árdua responsabilidad cumplida satisfactoriamente en medio de una enrarecida atmósfera atizada por odios provenientes de una guerra no lejana. Los años de permanencia en Tacna y los servicios prestados en el Comité de Queja son una nueva muestra de la vocación familiar al servicio de la Nación, aporte brindado, en este particular caso, en una coyuntura cruzada por tensiones de gran envergadura en las relaciones con Perú y Bolivia, y por una actitud aún beligerante con Argentina, reminiscencia de la situación de pre-guerra de 1902.⁽⁷⁾

En síntesis: en los diversos antepasados de Salvador Allende encontramos un elemento común: representan a grupos sociales de avanzada y en ruptura con el pasado; son hombres de su tiempo enlazados con la idea de progreso y modernidad, adalides de nuevos ideales de ordenamiento social; son personalidades históricas que contribuyeron a dar fisonomía a Chile en los combates por la Independencia y la aparición del Estado-Nación; personajes que luchan en guerras exteriores manteniendo y ampliando el territorio, contribuyendo a consolidar el ecúmene nacional, aportando a la cultura cívica y al despliegue de las ideas políticas; en suma, aportan al engrandecimiento de la Patria. De esta tendencia se nutrió el ideario de Salvador Allende, poseedor por lo tanto, de una rica tradición familiar que habría de profundizar bajo sus propias condiciones históricas.

II

Salvador Allende nació el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, aunque sus primeros años transcurrieron en Tacna, ciudad en cuyo Liceo aprendió las primeras letras y recibió las primeras alegrías, de las cuales un episodio sería evocado siempre por él: la figura de un viejo marinero, Peter Olsen, capitán de un vapor en el cual realizó una larga travesía entre el árido norte y su natal Valparaíso. De aquel viaje perduró en su recuerdo la fascinante figura del marino y el embrujo de la Perla del Pacífico emergiendo a través de la bruma oceánica, porque a partir de ese momento Salvador Allende se consideró "porteño" de por vida.

Los años de infancia coincidieron con la incubación de profundos problemas derivados del conflicto fratricida de 1891. La triunfante oligarquía eliminó el régimen presidencial imperante desde 1833, inaugurando el período oligárquico-parlamentario caracterizado por la preeminencia del Senado sobre el Ejecutivo y el establecimiento de su hegemonía absoluta hasta 1920, concen-

(7) Miguel Angel Scenna, *Los militares*, Buenos Aires, 1980; Gustavo Ferrari, *Conflicto y paz con Chile, 1888-1903*, Buenos Aires, 1969.

trando al mismo tiempo en un solo polo la conducción política y económica del país, situación que se tornó insostenible y que a partir del año del centenario (1910) se agudizó, puesto que pronto sobrevendrían las secuelas de la crisis de 1929, las que unidas a cosechas desastrosas, a la reducción de las exportaciones de salitre y cobre, a la evidente falta de infraestructura productiva y a la existencia de 300.000 cesantes, dio el marco bajo cuyas condicionantes vivió y actuó el joven Allende.

En 1918 la casa paterna decidió enviarlo a Santiago al Instituto Nacional, forma de evitar su permanencia en Iquique, esplendorosa metrópolis de aquel entonces tocada por la suerte del "oro blanco" en momentos del auge salitrero. Es a la madre a quien no le gustaba "*ese ambiente fácil y dispendioso*".⁽⁸⁾ Años más tarde, cursando 4º año de humanidades, el joven estudiante escuchó hablar de un suceso destinado a transformar el mundo: la Revolución de Octubre. En el acto se le abrieron profundas interrogantes, y sería un maestro ebanista, armado de la sólida cultura de los anarquistas, Juan Demarchi, quien introdujera al adolescente en los problemas de la "cuestión social".

Tras el servicio militar vendría su ingreso a la Universidad, donde pronto se transformó en un líder natural, asumiendo la presidencia del Centro de Alumnos de Medicina y la vicepresidencia de la FECH, insertándose así en la escena política como dirigente del movimiento estudiantil, situación que coincidió con un conflictivo cuadro histórico. El ordenamiento logrado por la oligarquía tras la guerra civil de 1891 entraba en crisis. Es el momento más evidente de las repercusiones de la crisis de dominación del Estado oligárquico-parlamentario,⁽⁹⁾ caracterizada por el fin de una fase dorada, basada en los beneficios del excedente salitrero y por un agudo conflicto en todas las áreas de la sociedad, período tenso y convulso que culminó con la irrupción de los militares y la posterior dictadura de Carlos Ibáñez de Campo (1927 - 1931), hecho histórico que trajo aparejada la conculcación de las libertades públicas y un agudo clima de confrontación en el que la mayoría del estudiantado escogió la opción democrática. En este plano la lucha contra el caudillismo militar produjo en Salvador Allende un pronunciado rechazo a todo gobierno emanado de la ruptura del Estado de derecho. El novel conductor identificó a Ibáñez del Campo con una cosmovisión antagónica al pensamiento democrático, producto de la formación prusiana del oficial.⁽¹⁰⁾

A principios de la década del 30 y tras sucesivas manifestaciones populares que estremecieron al país, cayó el régimen. Fue una situación en la que Allende asumió a cabalidad su responsabilidad como dirigente estudiantil en medio de turbulentos sucesos, en uno de los cuales vería caer herido de muerte al estudiante Jaime Pinto Riaseco. Poco después apoyó activamente el episodio de la República Socialista (1932), actitud que le costó la comparecencia ante tres cortes marciales. Bajo estas circunstancias y estando detenido le comunicaron la noticia del inminente fallecimiento del progenitor. Acto seguido, haciendo uso de un permiso de dos horas, llegó ante el moribundo quien en su último hálito de energía se despidió del hijo señalándole: "*No he hecho testamento alguno, pero es mi voluntad que todo cuanto tengo quede para tu madre y tus hermanas... en cuanto a tí sólo te puedo dejar esta perla que usé diariamente y un nombre limpio y una profesión*". Resumió así una vida de enseñanza.⁽¹¹⁾

Durante esta fase el pensamiento del novel dirigente adquirió matrices rectoras y definiciones conceptuales y teóricas. Vive una primera etapa de formación de su conciencia social en que se

(8) E. Alvarado, *op.cit.*

(9) Horacio Cavarozzi, *El orden oligárquico en Chile, 1880-1940*, en *Desarrollo Económico* N° 70; Marcelo Carmagnani, *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico*, Torino, 1971; *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*. Barcelona, 1984; Ximena Vergara y Luis Barros, *La guerra civil de 1891 y la instauración del parlamentarismo*, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* N° 3, 1972; Julio C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, 1955; Hernán Ramírez, *La contrarrevolución de 1891*, Santiago, 1951.

(10) Patricio Quiroga y Carlos Maldonado, *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas*, Santiago, 1988.

(11) E. Alvarado *op.cit.*

enlazaron razonamientos provenientes de la teoría marxista del conocimiento -producto de las tertulias universitarias y de su adscripción al grupo marxista "Avance"-, con aspectos del ideario anarquista -por la irradiación y el embrujo de la fascinante personalidad del ebanista J. Demarchi- y de la tradición familiar asumió la arquitectura social de la masonería, llegando incluso a ingresar a la franc-masonería en 1929. En suma, el concepto de progreso social del cual se hizo cargo Allende se confrontó con la crisis de dominación de la oligarquía y su creación política, el Estado parlamentario, y con el surgimiento y ascenso de nuevas fuerzas sociales representadas por la clase obrera y la mesocracia, cuyas aspiraciones encontraron eco en él. En este período el mérito radica en la lucha contra una dictadura por la imposición del sistema democrático, que gracias a estos afanes logró perdurar entre 1933 y 1973, excepción hecha de los desbordes del gobierno de A. Alessandri Palma y la etapa de exclusión anti-democrática de G. González Videla. Este es el sentido de las etapas juvenil de Salvador Allende, en la que despuntaron sus dotes de conductor y líder del ideario socialista.

III

Una de las expresiones más significativas pronunciadas por Allende, luego del triunfo de la Unidad Popular, fue: "...no puedo ni podré olvidar jamás que todo lo que he sido y todo lo que soy se lo debo a mi partido".⁽¹²⁾ Tal aseveración es constatación de una realidad. Pero desde un punto de vista estrictamente histórico la relación entre Allende y el Partido Socialista obedece a una correspondencia de propósitos que se desarrolló a través de cuarenta años, iniciándose con su participación en el acto fundacional del PS en Valparaíso (1933), hecho histórico de gravitantes consecuencias puesto que insufló teórica y políticamente su pensamiento,⁽¹³⁾ batiendo en retirada la influencia del anarquismo y subordinando los principios masónicos a la concepción marxista. La organización política lo dotó de parámetros analíticos y paradigmas teóricos que le acompañaron durante toda la vida. Durante los primeros años de vida partidaria es el creador de la fuerza propia de un sector popular que se organizaba en defensa de sus intereses. De militante ascendió pronto a jefe de Núcleo, para luego asumir la Secretaría de Estudios Sociales y la Dirección Regional, siendo algún tiempo el único profesional en el Regional de Valparaíso, Desde esta trinchera y estando vinculado familiarmente con Marmaduke Grove, apoyó la experiencia de la República Socialista (1932), febril actividad política que no pasó desapercibida porque pronto recayó sobre sus hombros la ira de los sectores dominantes, quienes lo calificaron como un "peligroso agitador", deteniéndolo y luego relegándolo a Caldera en medio del desborde represivo desencadenado por Arturo Alessandri. Tenía entonces 27 años y corría 1935.

Un año más tarde, ya de vuelta en el puerto, contribuyó a la formación de una alianza de profundo contenido histórico para la causa popular y el desarrollo de la nación, como fue el Block de Izquierdas, antecedente inmediato del Frente Popular. Salvador Allende, en un temprano momento de su participación en las lides políticas, impuso una línea de alianzas que posteriormente irradió a nivel nacional, adelantándose al destino del Frente Popular, alianza que transformó el país y que como episodio histórico-político contribuyó a su arribo a la Cámara de Diputados en 1937.

La fundación del Partido Socialista y del Block de Izquierdas son hitos cuya esencia radica en el despunte de una estrategia de largo aliento que pasaba por la organización de los componentes del mundo popular en una unidad de "trabajadores manuales e intelectuales", contribución que impidió su fragmentación política, tendencia secular en el movimiento popular

(12) Salvador Allende, *Chile ha marcado una actitud señera contra las plataformas del imperialismo*, Discurso en el 40º aniversario del PS, en Boletín del Comité Central del Partido Socialista Nº 34-35, abril/mayo de 1973.

(13) Sobre las peculiaridades del PS, Julio C. Jobet, *Historia del Partido Socialista de Chile*, Santiago 1971; Fernando Casanuevay Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago, 1972; también CONSIGNA, semanario oficial del PS, Año I, Nº 1, 19/3/1934; Eduardo Devés y Carlos Díaz, *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, 1987.

latinoamericano. A través de estas determinaciones Allende trascendió a su propio partido y proyectó la acumulación de fuerzas sociales y políticas a escala nacional. La decisión de participar en la fundación de un partido, entendido como una *vanguardia compartida*, realzó una vocación unitaria, sin asomo alguno de alternativismo. Por el contrario, serán las relaciones de cooperación lo primario y la lucha (en unidad) lo secundario, aspectos esenciales para el entendimiento del "allendismo": unidad, conducción, estrategia, proyecto y programa. El latinoamericanismo y el principio de la solidaridad internacional son aspectos que permiten una comprensión cabal de la realidad del "allendismo", problemática que lo condujo a asumir un concepto de época histórica, una visión de América Latina y a solidarizar con el movimiento de liberación nacional.

IV

La formación del Block de Izquierdas en Valparaíso antecedió al Frente Popular, alianza de gravitantes consecuencias en la que Salvador Allende tuvo una destacada participación desde el momento en que asumió el cargo de Ministro de Salubridad (28.09.1939). Lo hizo en representación de un partido del cual se había transformado en Subsecretario General, en cuya representación se había especializado en problemas de salud, llegando a dar forma a su tesis acerca de la *trilogía humana*, fundamento de sus aspiraciones de redención social sobre la base de la felicidad del niño, el padre trabajador y la mujer.⁽¹⁴⁾ A pesar de las ahora múltiples actividades y responsabilidades -entre las que destaca su participación en la fundación de las Milicias Socialistas⁽¹⁵⁾ -, también habría tiempo para el amor, fruto de lo cual en 1940 contrajo matrimonio con Hortensia Bussi, una joven profesora de Historia y Geografía a quien había conocido el 25 de enero de 1939 bajo las circunstancias aciagas del terremoto de Chillán, comenzando una relación en la que "como esposa Tencha se convierte, además de la consejera de estudios y lecturas, en la compañera de todas las luchas, los riesgos y los sacrificios", como señalara E. Alvarado, el biógrafo primigenio.

El rango ministerial fue asumido en una particular coyuntura. El maestro-estadista, Pedro Aguirre Cerda, lo incorporó al gabinete con el objeto de reforzar posiciones ante un intento de golpe de Estado perpetrado por el general Ariosto Herrera, aunque tras bambalinas se ocultaba C. Ibáñez del Campo, el antiguo dictador. Días antes había estallado la segunda guerra mundial (1939-1945): Europa, Africa, el Lejano y Cercano Oriente se estremecían y pronto el continente americano sería tocado por la vorágine de la metralla. En Chile las repercusiones no se hicieron esperar, pero el gobierno mantuvo una benevolente neutralidad favorable al Eje. La izquierda demandaba la ruptura de relaciones diplomáticas con el totalitarismo fascista, exigencia retrasada por la muerte del Presidente de la República, a quien sucedió J. Antonio Ríos, ante quien el Ministro de Salubridad presentó su renuncia por desacuerdos en la conducción de la política nacional e internacional.

Un par de años más tarde (1943) recayó sobre sus hombros la Secretaría General del PS, para luego ser electo Senador (1945) por la antigua 9ª circunscripción de Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes. Desde esa tribuna propuso por vez primera en Chile otorgar derecho a voto a la mujer, planteando además la creación de la cédula única -como fórmula para evitar el cohecho electoral- y el derecho a voto para el personal de tropa de las Fuerzas Armadas y Carabineros. Simultáneamente condenó la etapa antidemocrática abierta contra el Partido Comunista por G. González Videla, pulverizando teórica y políticamente la denominada "ley maldita". La intervención del senador popular mostró además un componente ético al asegurar al aliado que ninguna fuerza democrática se beneficiaría "arteramente con los restos dispersos de ese partido";⁽¹⁶⁾ otra muestra de esta disposición fueron las exigencias presentadas para la amnistía de Pablo Neruda, haciendo así justicia al gran poeta de la lengua española.

(14) Salvador Allende, *La realidad médico-social de Chile*, Santiago, 1939.

(15) Partido Socialista. Departamento de Defensa, Año I, 1939, especialmente el artículo *Milicias Socialistas en Marcha*.

(16) Salvador Allende, *Defensa permanente de la democracia. Proyecto que declara fuera de la ley al Partido Comunista*, Diario de Sesiones del Senado, Sesiones 14ª y 15ª, 18 de junio de 1948.

Independientemente de la suerte corrida, los gobiernos de Frente Popular repercutieron fuertemente en la historia de Chile, al modernizar las estructuras del Estado, desarrollar la infraestructura económica y acelerar cambios en el sistema político.

La gestión de radicales, socialistas y comunistas permitió la profundización de la democracia parlamentaria y el desarrollo del capitalismo con una creciente participación del Estado, apareciendo el Estado-benefactor. La industria cobró un nuevo rol a partir de una percepción de largo plazo para la solución de los problemas estructurales del país, proceso posible por el equilibrio y consenso que las fuerzas de centro e izquierda impusieron a sectores modernizantes de la burguesía y a una oligarquía que se batía en retirada en base a la marginación del campesinado organizado. Así se abrió paso a un acuerdo tácito para la industrialización, combinada con la ampliación del juego democrático a costa de la exclusión del campesinado, quedando intactas importantes áreas de poder oligárquico, fuente futura de conflictos y diferencias. La vieja capa dominante mantuvo sus prerrogativas gracias a la mantención de un importante caudal electoral logrado en las elecciones de 1937, 1941 y 1945, a raíz de lo cual las fuerzas populares se vieron obligadas a políticas de compromiso que terminaron por paralizar los cambios. Lo característico de esta fase es la normalidad progresiva y la normatividad político-institucional en el funcionamiento de los aparatos de Estado, cuestión que floreció a partir de 1958, fundamento histórico y político de la estrategia como asimismo de la profundización democrática, el robustecimiento del desarrollo del capitalismo y un nuevo modelo de democracia social fundamentado en el Estado.¹⁷

V

El Frente del Pueblo (1952), el Frente de Acción Popular (1956) y la Unidad Popular (1969) fueron el resultado de la coincidencia entre el "allendismo" y los partidos de la izquierda chilena.

En 1951, el "*Mussolini del nuevo mundo*" -como gustó hacerse llamar el otrora dictador Carlos Ibáñez del Campo- presentó su candidatura presidencial y por diversas circunstancias un sector democrático lo apoyó. Ante esta situación Salvador Allende, junto a comunistas, radicales doctrinarios y la izquierda socialista fundaron el Frente del Pueblo, alianza calificada como "*una conciencia en marcha*".⁽¹⁸⁾ La aparente intransigencia de Salvador Allende ante la candidatura de C. Ibáñez debe analizarse en un marco más amplio que el nacional, por cuanto es una confrontación con los populismos en boga en latinoamérica,⁽¹⁹⁾ al mismo tiempo que impuso al PC una estrategia que excedía la "línea general" del movimiento comunista internacional, determinación en directa consonancia con su postura relacionada con la necesidad del cambio social en perspectiva socialista adoptada en 1945. Los 52.000 votos obtenidos en las elecciones presidenciales de 1952 inauguraron un período que 17 años más tarde culminó en la Unidad Popular. Lo central de estos acontecimientos radica en la aparición de un proyecto que contenía un programa y una concepción de sociedad. La participación en la justa electoral no fue un mero simbolismo puesto que en el centro de la escena histórica comenzaban a tomar posición nuevas fuerzas sociales que irrumpieron en el sistema político a través de un electorado de masas que se amplió (1958), radicalizó (1964) y culminó rebelándose (1970), marco en que se configuró la estrategia político-institucional.

Salvador Allende, por su parte, terminó por convertirse en el epicentro de cualquier alianza, proyectando su figura por sobre la izquierda. Es ya el líder natural de los desposeídos, un dirigente respetado que en 1953 sería reelegido senador, ahora por Tarapacá y Antofagasta. Tres años después el Frente del Pueblo dio paso a una alianza más amplia con la incorporación de nuevos grupos sociales y políticos al conglomerado. Apareció así el FRAP, hecho que coincidió con la

(17) Leopoldo Benavides, *El período 1939-1952*, FLACSO, Santiago, 1985; Tomás Moulian, *Desarrollo político y Estado de compromiso. Desajustes y crisis estatal en Chile*, en Estudios de CIEPLAN Nº 8, 1982; también *Los Frentes Populares en el desarrollo político de la década de los sesenta*, FLACSO, Santiago, 1983.

(18) Consúltense el *Programa de Liberación* del Frente del Pueblo, Santiago, 1952.

(19) Antonio Cortéz, *Salvador Allende y el allendismo posible*, en AVANCES-7, Santiago, 1989.

unificación de la clase obrera en torno a la CUT (1953), el reimpulso de la FECH, un nuevo nivel de desarrollo del campesinado organizado, mientras tanto la sociedad civil experimentaba la ampliación del derecho a voto y la solidificación del sistema político, curso fortalecido además por la unificación del PS (1957) y los acuerdos del 10º Congreso del PC (1956), acontecimientos que se materializaron en la extraordinaria votación alcanzada por la candidatura presidencial de Allende en 1958, ocasión en que lo derrotó Jorge Alessandri por un escaso margen de votos luego de una artera maniobra política.⁽²⁰⁾

En el Programa de 1958 se encuentra un resumen del planteamiento de años anteriores, además de constituir un eslabón hacia el Programa presidencial de 1970, por cuanto los aspectos centrales lo constituyeran las demandas de implementación de la reforma agraria, la nacionalización del cobre, salitre, hierro y yodo, el control de los bancos y la creación del área social de la economía, de manera que la ciudadanía tuvo ante sí un proyecto acabado con muchos años de anterioridad al desenlace de 1970.

En 1961 nuevamente Salvador Allende fue elegido senador de la República, esta vez por su natal Valparaíso. Un par de años más tarde la "Asamblea Nacional del Pueblo" lo proclamó abanderado de las aspiraciones populares asumiendo por tercera vez la responsabilidad de la candidatura presidencial. En esta ocasión enfrentó a Eduardo Frei, abanderado de la Democracia Cristiana, circunstancias bajo las cuales el país fue cubierto por una red de organizaciones cuya misión era crear un clima psicológico desfavorable a las aspiraciones populares, destacándose en este plano el arribo a Chile de la misión norteamericana Goodwin-Moscato, punto de partida de la aplicación de nuevas formas de confrontación política que promovían la manipulación del inconsciente, como lo demostraría posteriormente una investigación realizada por el Senado de la República (1970). ("Otro aspecto de esta estrategia fue la puesta en marcha del llamado "Plan Camelot"⁽²¹⁾). Pero, a pesar de estos innobles procedimientos la campaña fue ganando en fuerza hasta que en marzo de 1964, pocos meses antes de la elección presidencial, en una elección complementaria por Curicó el FRAP logró, contra toda previsión, un clamoroso triunfo electoral; la derecha inmediatamente alertada optó por entregar sus votos a Eduardo Frei, considerado el *mal menor*.

A principios de la década del sesenta despuntó en América Latina un fenómeno de gravitantes consecuencias como fue el triunfo de la Revolución Cubana, de la que Allende fue un decidido partidario y defensor.⁽²²⁾ Nos encontramos frente a un período particularmente convulso, caracterizado por la agudización de los conflictos internacionales. Especialmente en el tercer mundo es un período de auge de los movimientos de liberación nacional, influjo ante el cual una gran parte de la izquierda latinoamericana y chilena rindió tributo, suscribiendo las tesis de la vía armada y del asalto directo al poder político del Estado.

Entre 1966 y 1969 Allende ocuparía el honoroso sitial de Presidente del Senado, siendo reelegido este último año senador por la circunscripción de Chiloé, Aysén y Magallanes. Se destacó en el concierto de la política internacional al participar en la Conferencia Tricontinental y posteriormente en la fundación de la OLAS, episodios que, sumados al rescate del resto de la guerrilla del *Ché Guevara*, lo pusieron en el centro de los ataques de la derecha.⁽²³⁾

(20) Al respecto, *Allende en Campaña*, APSI-EXTRA, Santiago, septiembre de 1987.

(21) José Rodríguez, *El Plan Camelot*, en *Revista de la Universidad Técnica del Estado* N° 9, julio-agosto 1972; del mismo autor, *Introducción al fascismo chileno*, Madrid, 1974; *Plan Camelot. Un tentáculo del pentágono en Chile*, en *Vistazo* N° 668, Santiago, julio-septiembre 1965.

(22) Salvador Allende fue un fervoroso defensor de la Revolución Cubana. Asumió tal postura desde el momento del triunfo de ésta y mucho antes de que Fidel Castro declarase el carácter socialista de dicha experiencia. Recuérdese su participación en instancias como la OLAS, de evidente inspiración cubana. Al respecto, *Diario de Sesiones del Senado*, Sesiones 11ª del 28/6/1960 y 20ª del 27/7/1960; también *Cuba, un camino*, Santiago, 1969; así como su célebre alocución en *Homenaje a la memoria del comandante Ernesto Ché Guevara*.

(23) Salvador Allende, *Realidad política nacional. Ataques a la candidatura presidencial de Salvador Allende*, *Diario de Sesiones del Senado*, Santiago, 6 de mayo de 1964.

Pese a circunstancias poco favorables para una experiencia no-épica, Allende persistió en su postura analítica teniendo presente las características histórico-reales de Chile. Postuló que había madurado una dinámica político-social cimentada en la movilización de masas políticamente activas, que el desarrollo de las organizaciones políticas y sociales alcanzaba el máximo de amplitud tras cuatro décadas; afirmó a continuación que se iniciaba una crisis de hegemonía en los sectores dominantes -visible en el desplazamiento de la derecha tradicional y en la neutralización del centro DC, alicaído tras la experiencia del sexenio 1964-1970-, señaló además la consolidación de una filosofía de la praxis, constatando la emergencia de una contra-cultura que había erosionado la cultura dominante, a lo que se agregaba la mantención del ordenamiento jurídico-político acompañado por la expansión del sufragio y la transformación del electorado en un electorado de masas; advirtió de la situación de prescindencia formal en la que se encontraban las Fuerzas Armadas, para finalmente contemplar una favorable correlación de fuerzas internacionales y la inexistencia de conflictos religiosos o armados.⁽²⁴⁾

Estas condiciones creaban una inmejorable situación para la implementación de un proyecto cuyo eje central era la profundización de la democracia, entendida como el marco inicial para transformaciones de carácter socialista a partir de la inserción y crecimiento de la izquierda en el sistema representativo parlamentario. El resultado de este análisis sería la exigencia de vastos sectores para que Allende asumiera nuevamente la representación de la izquierda, de manera que en enero de 1970 fue proclamada su cuarta candidatura a la presidencia de la República. Esta vez, a diferencia de las veces anteriores, contaba con el apoyo del tronco radical y con el especial concurso de actores de raíz cristiana que dieron un peso particular a la alianza. De manera que el triunfo electoral de 1970 no puede atribuirse a un error táctico de los sectores dominantes, sino a la maduración de premisas de orden histórico-estructural que tras casi medio siglo generaron inmejorables condiciones para intentar "tomar el cielo por asalto"

Acto seguido, el 4 de septiembre de 1970 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales más disputadas de la historia nacional; bajo un clima tenso y febril, en horas de la madrugada el triunfo de Salvador Allende era una realidad. Concluía un ciclo de larga duración; cuarenta años de evolución económica, social y cultural se resumieron en el triunfo de la izquierda. Luego, en horas de la madrugada, desde los balcones de la FECH el victorioso líder dio cuenta de este hecho al tiempo que prevenía acerca de las dificultades que se avecinaban. Ante una abigarrada y enfervorizada multitud advertía: "*Si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria*".⁽²⁵⁾ Obviamente este no era un planteamiento improvisado al calor de un discurso. Por el contrario, reflejaba plena conciencia de las dificultades a vencer, entre ellas la inexistencia de experiencias históricas que pudieran proyectar algún tipo de enseñanza sobre la cual tomar nota para enfrentar la dinámica puesta en marcha, por lo tanto la práctica teórica y la acción política debían desarrollarse bajo condiciones inéditas. Pero las fuerzas del gran capital nacional e internacional deparaban una suerte trágica a la experiencia en curso al interrumpir a sangre y fuego el proceso. Así, el 11 de septiembre de 1973 la democracia chilena era destruida por el fuego de la conjura sucumbiendo Salvador Allende junto a la democracia en su postrer esfuerzo por defenderla.

VI

El máximo logro de una vida dedicada al cambio social, concebido a partir de la inserción de la izquierda en el sistema imperante con renuncia al asalto directo al Estado, fue el gobierno de la UP. Cerca de medio siglo de cambios permanentes en todas las áreas de la sociedad, sumado al constante engrosamiento de fuerzas políticas y sociales políticamente activas y a la aparición de una contraideología, convertida en la cultura de la izquierda, dieron lugar al desplazamiento del bloque dominante y a una crisis de hegemonía en su seno, crisis que se resolvió mediante un golpe de fuerza.

(24) Joan Garcés, 1970. *La pugna política por la presidencia en Chile*, Santiago, 1971.

(25) Salvador Allende, *Discurso de la victoria*, en *La Nación* del 6/9/1970.

Pero la importancia histórica de Salvador Allende no reside solamente en este aspecto, sino en el hecho de haberse adelantado a una polémica asaz actual, poniendo en primer plano de la discusión el problema de la relación entre democracia y socialismo, eje de los sucesos que conmueven al mundo y cuyas mayores expresiones son la crisis que afecta a los "socialismos reales", al marxismo y a la izquierda universal.⁽²⁶⁾

Ahora bien, para un mayor entendimiento de los aciertos y errores, para la evaluación de la experiencia vivida y la comprensión de Chile en el siglo que pronto nos abandona, se hace necesario investigar la acción teórica y práctica del líder, quien dio lugar a la aparición de un voluminoso cuerpo de ideas condensado en el "allendismo", tornándose en un aspecto importante para futuros desarrollos la confección de la *biografía*, tarea asumida con evidente retraso por los historiadores democráticos, constituyendo esta nota biográfica sólo una incitación a tal empresa.

(26) Consúltese, entre otros, varios, *La renovación socialista*, Santiago, 1986; varios, *Crisis y socialismo. Una reflexión desde Chile*, Santiago, 1989; varios, *Crisis y renovación*, Santiago 1990.

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

JORGE ARRATE

*El ensayo de Jorge Arrate corresponde al capítulo 2 de su libro **La fuerza democrática de la idea socialista**, publicado en 1985 por ediciones Documentas y Ornitorrinco. Una primera versión del mismo apareció en la revista **Análisis** (Santiago) en septiembre de 1983 y luego en el N° 2 de **Plural** (Barcelona y Rotterdam).*

“Ninguna realidad existe hoy sin haber sido primero una ilusión de soñadores”

LUIS EMILIO RECARREN

LA VÍA “ALLENDISTA”

“Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de medios y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta tendencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista” (Mensaje 71, 216)⁽¹⁾

En la constatación de “una abismal contradicción entre lo que el hombre contemporáneo es y lo que potencialmente está a su alcance” (Mensaje 72, 399), se asentaba la utopía personal de Salvador Allende. Su tarea vital fue “aquí y ahora, en Chile y en América Latina... desencadenar las energías creadoras, particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa en el pasado” (Mensaje 71, 215). La denominada “vía chilena al socialismo” constituyó la forma particular que Allende propuso para Chile como paso decisivo en el largo proceso de materialización de su proyecto histórico.

Durante la etapa culminante de su acción Allende tuvo clara conciencia de las dificultades gigantescas de la tarea planteada y de su significado internacional. “No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo, tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista” (Mensaje 71, 218). Romper con el subdesarrollo implica “deshacer esta estructura constrictiva, que sólo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad” (Mensaje 71, 215). Es decir, no hay un modelo preestablecido que haga, quizá, más fácil recorrer la “vía chilena”. Ese modelo inexistente deber ser sustituido por la invención y, al hacerlo, es preciso no sólo desmontar una estructura económica capitalista injusta e ineficaz, sino,

(1) Los paréntesis en el texto están referidos a *Salvador Allende - Discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

al mismo tiempo, construir una nueva que, superando a la anterior, no produzca un quiebre en el funcionamiento de la economía y la sociedad. Para Allende las principales tareas están cruzadas por tensiones inevitables: "institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la nobleza propios de la dependencia y del subdesarrollo" (Mensaje 71, 214). y "romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva" (Mensaje 71, 214). que, sin embargo, no será evidente de inmediato, ya que "las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción" (Mensaje 71, 236). Resulta obvio que, más allá de las dificultades coyunturales y de los cambios de la correlación de fuerzas, elementos a los que permaneció siempre atentísimo, Allende individualizó muy claramente los obstáculos que surgían no sólo del cuadro político y de fuerzas sociales, sino de la naturaleza misma de su proyecto. Este era por definición, más difícil que otros intentos que renunciaban a compatibilizar y a desarrollar simultáneamente valores que, en la mayor parte de los casos, la experiencia histórica presentaba como contrapuestos.

La magnitud y significado internacional de la tarea eran evidentes para Allende: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista" (Mensaje 71, 213) ⁽²⁾ que Allende diferenciaba del basado en la "dictadura del proletariado". El día que asume la Presidencia de la República, Allende exclama: "Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro" (Nov. 70, 52). Y, con palabras muy similares, reitera ante el Congreso Nacional, pocos meses después: "Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro..." (Mensaje 71, 213). El "nuevo giro" correspondía a la ocasión singular en que la sustitución del capitalismo por el socialismo se realizaba en un proceso caracterizado por acciones no violentas como medio principal. Significaba la transición de un sistema a otro desarrollando aún más, durante y después de esa transición, las principales conquistas civiles, esto es, las libertades democráticas y los derechos del hombre.

Al cambio específico propuesto por Allende se le denomina aquí "vía allendista al socialismo". En la literatura, y en las expresiones del propio Allende, se le ha llamado de maneras muy diversas con el fin de, en cada caso, acentuar lo que se estimaba una característica sustantiva principal. Así, "vía chilena" acentúa el carácter nacional del camino elegido, en su sentido de singularidad, y corresponde a una preocupación por la problemática de las "vías nacionales" discutida en los últimos decenios en el movimiento obrero internacional. Las denominaciones "vía pacífica" o "vía no armada" colocan en el centro la forma de lucha dominante como factor de identidad. Con el fin de superar este unilateralismo en el ángulo de definición algunos utilizan la denominación "vía político-institucional". Los términos "vía legal", "vía constitucional" o "vía parlamentaria" han tenido, en general, un sentido peyorativo en la literatura de izquierda. Su empleo acentúa, las más de las veces, algún aspecto considerado criticable, ya sea el exagerado constitucionalismo o juridicismo que caracterizó algunos de los planteamientos de la Unidad Popular, ya sea el rol que en ciertas instancias -especialmente por parte de Allende antes de las elecciones de marzo de 1973- se atribuyó a la mayoría parlamentaria. Aparte del valor que puedan tener en la polémica, ninguna de las tres denominaciones puede estimarse satisfactoria. Allende utilizó en diversas oportunidades la expresión "vía democrática" que apunta a un aspecto más sustantivo y que puede considerarse como haciendo referencia tanto a la forma de lucha principal como a la forma de ejercicio del poder del Estado. La expresión "vía allendista al socialismo" rescata lo particular del intento y acentúa la existencia de una versión específicamente "de Allende", no necesariamente compartida en su totalidad por las fuerzas políticas que integraron la coalición popular entre 1970 y 1973 y, aún más, en diversas partes o momentos objetada en virtud de una concepción que era, en cuestiones esenciales, contrapuesta. Estas diferencias dieron lugar

(2) La utilización del término "modelo" en la frase anterior no debe ser interpretada como un aval a la aceptación de prescripciones para la construcción del socialismo. Concordado con otras expresiones de Allende el término es utilizado para referirse a la existencia de más de una forma de acceso al socialismo, tema discutido por los clásicos del marxismo.

al surgimiento de una tensión en torno al proyecto que sustentaba la Unidad Popular, no referida a aquellos aspectos programáticos específicos que adquirieron en ciertos momentos del proceso un perfil polémico, sino al marco general, a la matriz teórica y al ámbito estratégico que definían la esencia de la propuesta de Allende. Esta tensión debe ser elemento central del análisis de la experiencia allendista, en la medida que desentrañar su contenido parece ser requisito para el éxito de cualquier intento de rescatar, renovar y reconstituir las bases políticas y orgánicas de la idea socialista en Chile.

El contenido básico de la "vía allendista al socialismo", puede hallarse en fuentes precisas⁽³⁾. Ellas son, con todo, insuficientes y no exhaustivas. Deben ser consideradas en el contexto de la práctica del conjunto del movimiento social y político de los trabajadores chilenos, especialmente de los avances registrados en los tres lustros que transcurren entre 1955 y 1970. Dicho proceso fue a veces conflictivo y siempre complejo. De su estudio -que sobrepasa con mucho la ambición de estas páginas- se decantan, en último término, no sólo lo esencial de una concepción sino, al mismo tiempo, sus elementos internos de contradicción. Entre ellos, es básico el desfase entre la teoría de la izquierda y su práctica política. Es en el primer plano -el de la teoría- donde no fructifica suficientemente una presentación coherente de la "vía allendista" que sea asumida por la generalidad del movimiento y es, en cambio, el plano donde germinan las principales refutaciones.

El proceso a través del cual se hace praxis, es decir dialéctica ligazón de teoría y práctica, es bien accidentado y es en dichos accidentes donde es posible identificar los orígenes de su dramático fracaso.

UN CAMINO SINGULAR

La disputa en torno a la vía fue un tema recurrente en la historia política de la izquierda chilena. Los debates que adquirieron fuerza y generaron consecuencias durante el período 1970-1973 tenían como precedentes polémicas muy anteriores. En ellas Allende fue siempre uno de los protagonistas principales y su postura básica tuvo una notable invariabilidad. La "vía allendista" se construyó en un largo batallar que abarcó, por mencionar un índice de lo que eran siempre momentos decisivos en la política chilena, cuatro campañas presidenciales en las que Allende hizo llegar su mensaje a todos los rincones de Chile. Las polémicas sobre estrategia desarrolladas entre los Partidos Socialista y Comunista, con su apreciación divergente sobre la extensión de las alianzas, la interpretación de la realidad social y económica de Chile y el rol de sus diversas clases, constituyeron el telón de fondo del proceso político de la izquierda. En la década de los sesenta Chile no fue una excepción al difundido impacto de las corrientes que preconizaban la lucha armada como el único medio eficaz para superar la dominación capitalista imperial, alentadas por el significativo éxito de la experiencia revolucionaria cubana, de gestación autónoma y original. En rápido proceso adquirió fuerza la frustración, especialmente de sectores de la juventud, frente a las desviaciones "electoralistas" y "parlamentaristas" de los partidos históricos de la izquierda. Dos derrotas -en 1958 a manos de Alessandri y la derecha y en 1964 frente al entendimiento de

(3) Entre las más importantes destacan los siguientes documentos:

Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970.

Discurso en el Día Internacional del Trabajo, 1 de mayo de 1971.

Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971.

Discurso en el Congreso de Colombia, 30 de agosto de 1971.

Discurso en el Estadio Nacional en la celebración del Primer Aniversario del Gobierno, 4 de noviembre de 1971.

Informe al Pleno Nacional del Partido Socialista, 18 de marzo de 1971.

Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, 13 de abril de 1972.

Segundo Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1972.

Otros aparecen en la antología Salvador Allende, *Discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; en la preparada por Alejandro Witker, *Salvador Allende (1908-1973)*, *Prócer de la liberación Nacional*, Universidad Autónoma de México, México, 1980, o en la selección que hiciera Edgardo Condeza, publicada por la Fundación de Amigos del Centro Gaitán bajo el título *Las Grandes Alamedas*, en Bogotá en 1983.

democristianos, liberales y conservadores- parecían demostrar sin apelación la impotencia del esquema de avance planteado por Allende. No obstante, la "vía allendista" siguió vigente, en parte por su líder, en parte por su arraigo en la práctica de la masa socialista y de la izquierda, en parte porque la estrategia global definida por el Partido Comunista se avenía más a ella que a la alternativa opuesta, y en parte porque la propuesta de Allende no constituía un capricho de su tenaz voluntad política ni una inspiración genial de carácter personal. Había, como el propio Allende lo expresara más de una vez como Presidente, características propias de la sociedad chilena y sus actores que hacían de la vía allendista al socialismo quizás el único camino por el que podía transitar la izquierda con perspectivas relativamente próximas al éxito. En el pensamiento de Allende existían también elementos axiológicos que confirmaban la elección de la vía.

La vía allendista obedecía, en primer lugar, a las especificidades de Chile. Allende, explícitamente, desechó toda aspiración a universalizar su experiencia en cuanto receta política o proclamarla como ejemplo para la lucha en otros países de América Latina. Por el contrario, antes y después de ser elegido Presidente, en actos concretos, siempre expresó su espíritu internacionalista y su solidaridad con otras experiencias de transformación social, diversas a la chilena y apoyadas en medios diversos, sin por ello abandonarse a la imitación o renunciar a la opción que, para Chile, le parecía más adecuada. La singularidad de Chile era su aptitud y vocación democráticas, históricamente comprobadas al menos relativamente a los demás países del continente. En tales condiciones concebía la vía no violenta como la "más acorde con nuestra idiosincrasia, con nuestras tradiciones". Ya Presidente expresaba: "Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación" (Nov. 70, 38). Y agregaba dos años después: "Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, dentro del orden legal, y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas" (UNCTAD, 283).

La vía elegida poseía para Allende una característica esencial derivada de su enraizamiento con las tradiciones e idiosincrasia nacionales: proponía una cierta continuidad, no una ruptura absoluta con el pasado. Allende postulaba, en consecuencia, una determinada forma de enfocar la dialéctica destrucción-reconstrucción en virtud de la cual reconocía al pasado los derechos de la supervivencia. Quizá la más dramática expresión política de esta idea se encuentre en los párrafos iniciales de su Primer Mensaje al Congreso Nacional: "Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas, para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece" (Mensaje 71, 79). Un año más tarde reiteraba su pensamiento ante el Congreso de manera más dura: "Mi gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional" (Mensaje 72, 341). En el marco de la vía allendista no era ésta una concesión graciosa a los adversarios o al pasado, ni una nostálgica venia a la tradición. En la formulación de Allende era explícito y reiterado el concepto sobre la paternidad del progreso democrático y del desarrollo de las libertades públicas: "...el combate ininterrumpido de las clases populares organizadas, ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles y sociales, públicas e individuales" (Nov. 70, 37). Más claramente aún, "las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por tanto, deben permanecer" (Mensaje 71, 294).. Este, entre otros que surgirán más adelante, constituye uno de los factores en que la definición de la vía allendista es claramente estratégica, es decir, constituye en sí misma un propósito sin cuyo cumplimiento el entero proyecto social que la vía promueve pierde contenido. La vía allendista no es una maniobra circunstancial sino un elemento que al mismo tiempo agrega definición y sustancia al tipo de sociedad socialista que propone.

Para Allende, en consecuencia, la vía propuesta constituía el sendero obvio y necesario. Obvio en su sentido de correspondencia entre pasado y futuro, entre tradición y revolución, entre realidad y utopía. Pero también necesario en la medida que desde el ángulo político los fines perseguidos no eran impermeables a los medios que se utilizara para conseguirlos. En una larga referencia al sistema de partido único y a su carácter no indispensable para la sociedad socialista, Allende expresaba: "La guerra civil cuando es impuesta al pueblo como la única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política" (Nov. 70, 45). No se trataba de rechazar en general tal posibilidad para todos los pueblos y todas las circunstancias. Pero en Chile era factible otro camino que tenía además la virtud de posibilitar que su resultado fuese algo nuevo, superior, nunca antes conocido. Ese camino sería "construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado por el Programa de la Unidad Popular: el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad... La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural" (Nov. 70, 44).

No hay una sino varias posibles definiciones de esta vía "más apropiada" que Allende proponía a sus propias fuerzas y al país en general, dependiendo de los aspectos del complejo fenómeno que cada caracterización enfatiza. A veces se encuentra en los discursos de Allende la tendencia a definirla mediante el contrapunto entre opciones o el planteamiento de incompatibilidades aparentes. Así la expresión "nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno" contiene un contrapunto implícito: la vía allendista es democrática, no requiere o no desea recurrir a prácticas autoritarias (Mensaje 71, 96).. La vía allendista realiza su "contribución mayor al desarrollo del régimen democrático en esta etapa de nuestra historia" con su combate "para abrir el camino de la democracia económica" y "conquistar las libertades sociales". "Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, y el desarrollo del principio de legalidad, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando" (Mensaje 71, 394).. En otras ocasiones Allende agregó elementos de definición a los ya surgidos, poniendo el acento no tanto en la forma de llevar a cabo la tarea sino en el fondo de la misma. Cuando asumió la Presidencia precisó que lo hacía para "orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases" (Nov. 70, 38). Y en su primer mensaje al Congreso definió directamente "la vía chilena al socialismo" como "un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones" (Mensaje 71, 88).

MAYORÍA, VIOLENCIA Y NO-VIOLENCIA

De los elementos que van surgiendo en la definición de la vía chilena hay al menos tres que requieren un examen particular.

Uno es el problema de la mayoría. Allende asume la Presidencia de la República con sólo un 36% de los votos, aunque en abril de 1971 los partidos de la Unidad Popular totalizan el 50% de la votación nacional. Desde el inicio Allende enfatizó siempre la necesidad de desarrollar en torno a su proyecto un consenso democrático mayoritario. Había detrás de esta convicción una actitud de principio: "La revolución es un cambio profundo, es la transformación del sistema, es abrir paso a las grandes mayorías..." (Congreso de Colombia, 176), y también la constatación de un requisito para el éxito: "El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están ahora resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral" (Nov. 70, 46). "Cuando yo hablo de ampliar el poder político, pienso que más allá de los límites de la Unidad Popular hay miles de ciudadanos que pueden estar junto a nosotros, hay cientos y miles sin domicilio político, y hay otros que teniéndolo, no pueden olvidar ni los principios, ni las ideas, y por eso yo los llamo fraternalmente, limpiamente, a trabajar por el Chile nuevo y por la patria mejor que queremos para todos los chilenos" (Día del Trabajo 71, 62). "Es la tarea imperiosa de

las fuerzas populares convencer, mediante la acción revolucionaria, el ejemplo y la eficacia, a las grandes mayorías del pueblo, del sentido y razón de ser de la revolución" (Informe PS, 271-272).

Un segundo aspecto que surge en las caracterizaciones de la vía allendista al socialismo es el referido a la violencia. Reiteradamente -y queda claro en muchas de las citas anteriores- Allende define su proyecto como democrático, no violento, no autoritario y no represivo. Se ha señalado que existe en el pensamiento de Allende una preferencia no puramente táctica respecto a la vía. Así, precisamente, el carácter no violento de la vía es clara y reiteradamente destacado como un valor en sí mismo. En muchas ocasiones durante los tres años de gobierno Allende recurre a la idea del "menor costo social": "Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora" (Nov. 70, 39). "Quiero reiterar que, por primera vez en la historia, un pueblo conscientemente ha buscado el camino de la revolución, con el menor costo social" (Día del Trabajo 71, 57). "Y conste que hemos hecho nuestra revolución sin costo social. Puedo decir que no hay en el mundo un país que haya emprendido el camino revolucionario con el costo social que lo han hecho ustedes, el Gobierno del pueblo, que lo hemos hecho juntos, y eso tiene un gran valor en vidas humanas y en la propia economía del país" (Nov. 71, 210). Tiempo más tarde Allende advierte frente a las posibilidades de desviarse de la vía elegida: "Eso sería un salto en el vacío... Pero también someter al país, y principalmente al pueblo, a la pérdida de vidas, así como de fuentes de trabajo y bienestar que necesita" (Nov. 72, 344).

En tercer lugar, es necesario precisar que Allende no tuvo ni preconizó nunca una actitud "pacifista" absoluta. Valorizando el carácter no violento de la vía propuesta, el ahorro de dolor y sufrimiento que ofrecía para la obra de construcción socialista, entendía claramente también que el proceso intentado, cuyas dificultades y singulares obstáculos siempre destacó, podía seguir un curso diverso. Dicha conciencia tendió a hacerse cada vez más patente -y lo prueba la lectura comparada de sus tres Mensajes al Congreso- a medida que el conflicto social y político, se agudizaba y la amenaza de la violencia reaccionaria se hacía más inmediata. La prevención frente a esta eventualidad fue un elemento permanente en sus discursos e intervenciones públicas. "No se puede destacar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de la ruptura violenta. El Gobierno y los trabajos organizados están conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde", expresaba a mediados de 1972 (Mensaje 72, 345). La idea fue reiterada en innumerables ocasiones.

Sobre estos aspectos, en consecuencia, parece válido sostener que para la vía allendista su carácter incruento tiene una significación esencial porque la violencia, si bien no se descarta como posibilidad a veces más que evidente, se concibe como una necesidad desafortunada, no como una eventualidad deseable o como un elemento positivo.

TEORÍA Y EXPERIENCIAS SOCIALISTAS

Allende entregó importantes elementos de definición de su propuesta estratégica al confrontarla con la teoría revolucionaria y con las experiencias anteriores de construcción socialista. El único tratamiento principalmente teórico de determinados problemas es la polémica intervención de Allende en el Pleno Nacional del Partido Socialista de Chile en marzo de 1972, en el que enfoca el tema del carácter del Estado y discute la tesis de su necesaria destrucción previa para reemplazarlo por uno socialista. En sus otras intervenciones se encuentran, sin embargo, numerosas referencias a cuestiones de significación teórica. No se abundará aquí en el rol de primera importancia, como determinante de los comportamientos políticos, que tuvo la teoría marxista -una determinada forma de asumirla: el "marxismo-leninismo"- en el proceso chileno. La izquierda chilena y sus partidos se caracterizaron por un grado elevado de ideologización. A diferencia de otros países de América Latina donde grandes movimientos o partidos se construyeron sobre la base de consignas de contenido nacionalista, populista o antimperialista, a veces de un exagerado simplismo, la izquierda en Chile alcanzó, en algunos casos, un nivel bastante superior de elaboración política o, en otros, al menos la asunción de determinados esquemas teóricos globales. Los conceptos básicos que formaban parte esencial de la "vía allendista" no guardaban muchas

veces una clara correspondencia con el "sentido común teórico" de la dirigencia izquierdista y de parte significativa de las bases. La formulación de la vía allendista constituyó una lucha ideológica que Allende prosiguió necesariamente una vez Presidente. En su discurso de asunción expresó: "Desde el punto de vista teórico doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presentes cuales son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que: 'Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo a la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación' (Nov. 70, 38-39). Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels". Allende tenía conciencia, es claro, que la condición establecida por Engels (tener "tras de sí a la mayoría de la nación") debía ser garantizada día a día. Es en este marco donde asumen mayor relevancia teórica y política sus permanentes referencias, ya citadas, a la necesidad de obtener el apoyo de las mayorías. El desarrollo del proceso recién iniciado requería según Allende de una prevención permanente frente al reformismo y al maximalismo: "Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que excede nuestras posibilidades, también fracasaríamos" (Mensaje 71, 88).

Un tema teórico que suscitó la reiterada preocupación de Allende es el de la destrucción del Estado. Por cierto el desarrollo de la vía allendista -y para este efecto el término "político-institucional" resulta adecuado- requiere de una óptica diversa en relación con la confrontación entre el viejo y el nuevo Estado. Continuidad y ruptura se relacionan de una manera más compleja. "Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro, se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas" (Día del Trabajo 71, 56-57). Con más precisión y claridad: "No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para reemplazar el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecúe a la nueva realidad social de Chile. Se trata sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato de Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase, y también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas" (Informe PS, 262-263). Y agregaba: "la cuestión teórica que ello plantea reposa en un supuesto que aparece evocado en el Informe Político: el de si la institucionalidad actual puede o no negarse a sí misma, destruirse a sí misma, abriendo paso a un nuevo régimen institucional. Para responder a esta cuestión se requiere, previamente, tener en cuenta dos factores. En primer lugar, si el régimen institucional es o no abierto al cambio. En segundo lugar, qué fuerzas sociales están detrás del régimen institucional, dándole su fortaleza. Ambos factores se corresponden el uno al otro, ya que sólo si el aparato del Estado no es infranqueable a las fuerzas sociales populares puede concebirse que la institucionalidad sea suficientemente flexible para tolerar las transformaciones estructurales sin que ella estalle automáticamente" (Informe PS, 263). Y, siempre en polémica con su Partido: "Los militantes del Partido Socialista deben ser conscientes de que contrariamente a lo que el Informe Político sostiene, el camino más corto hacia las transformaciones cualitativas del sistema político actual no pasa forzosamente por la quiebra y la destrucción de la constitucionalidad vigente. Este es un profundo error" (Informe PS, 271). La vía allendista, de esta manera, reconocía como una de sus bases la existencia de un cierto grado de autonomía del Estado en relación con sus determinantes de clase. "Es cierto que un régimen institucional es el producto de un orden social determinado, pero lo institucional no sólo encuentra su sentido de clase en su génesis histórica, sino sobre todo, en la fuerza social que en un momento concreto y específico informa su funcionamiento, lo está utilizando y orientando" (Informe PS, 259). No puede confundirse el "contenido de clase de la institucionalidad" con su "origen histórico". Esta "es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema" (Informe PS, 259).

Para Allende la revolución chilena era un hecho histórico y singular. Por eso reclamaba para ella una gran autonomía y postulaba realizar “nuestra revolución sin mentores ni tutores...” (Nov. 71, 210). “Ahí está Martí, un latinoamericano, allá está Lenin, el padre de la revolución, y aquí estamos nosotros transitando el camino de Chile, de acuerdo con su historia...” (Nov. 71, 210). La autonomía no era sólo una actitud proclive a una postura internacional no alineada y de solidaridad activa, sino también una autonomía teórica. Tampoco hay tutores en la teoría: “...tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la ‘creación socialista’” (Mensaje 71, 88). Esas formas de organización nuevas⁽⁴⁾ habrían de ser diversas de las conocidas hasta entonces en otras experiencias socialistas. Sin mencionar específicamente a la Unión Soviética, Allende se refería evidentemente a la Revolución de Octubre y a las experiencias de Europa del Este cuando expresaba: “Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo. Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación. La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del Poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares. En la medida que en Chile no se dan estos factores, nuestro país a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad” (Nov. 70, 45). En su primer Mensaje la referencia al denominado “socialismo real” es explícita: “Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante. La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea... Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado. Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos. Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista. Sin embargo, una vez más, la Historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista... Por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario” (Mensaje 71, 81-82). Allende creía firmemente en sus propias palabras, sentía una identidad plena con sus propios proyectos. Esa era la razón principal de su fuerza.

(4) En uno de sus textos Allende denominó “República del pueblo trabajador” a la forma político-institucional que habría de concretar la vía allendista. Es imposible evitar la asociación con la fórmula “República democrática de trabajadores” postulada por el Partido Socialista de Chile en su Programa de 1947, aún no modificado. Es notorio en los textos de Allende su preferencia sistemática por el término “trabajadores” que por el de “obreros” o “clase obrera”. Hay -parece obvio- una intención de mayor amplitud y alcance. Igual motivación tuvo, al decir de Raúl Ampuero, según mis notas del Seminario sobre Convergencia Socialista, realizado en Ariccia, Italia, en marzo de 1979, Eugenio González y sus colaboradores en la redacción del Programa de 1947, cuando sustituyeron el término “proletariado” por “trabajadores” y eliminaron el término “dictadura” prefiriendo el de “república democrática”.

ALLENDE HOY

La mayor parte de las páginas anteriores son una reproducción apenas modificadas del texto que la revista *Análisis* publicó en Santiago en septiembre de 1983, al cumplirse diez años de la muerte del Presidente Allende. Recayeron sobre él numerosos comentarios, más o menos elogiosos, más o menos críticos. La intención al escribirlo fue ofrecer una imagen veraz del pensamiento del propio Allende sobre un aspecto muy importante aunque específico de su quehacer político: su proyecto de transición al socialismo. La necesidad de abundar en citas textuales resta al texto la agilidad de aquello que se escribe según un esquema autónomo. Tenía más valor, en esos momentos, destacar las palabras de Allende que intentar hacer una "traducción", en lenguaje propio, de lo que parece central en su pensamiento sobre el tema.

Detrás de algunas de las críticas formuladas⁽⁵⁾ se esconde un fenómeno preciso: el temor de diferir hoy del pensamiento de Allende y, al mismo tiempo, la impotencia de interpretarlo de ciertas maneras. El pensamiento y la obra de Allende no son una suerte de nuevo "Talmud". Ya ha habido suficientes en la izquierda chilena como para adquirir uno nuevo. Allende jamás elaboró una receta, nunca pensó estar dando solución de una vez y para un buen tiempo a los complejos problemas del cambio social en Chile, América Latina o el mundo. Aquello que parece legítimo invocar son sus motivos de inspiración y los elementos centrales de una idea de la democracia y de una idea del socialismo. Por otra parte, es legítimo y respetable diferir de su pensamiento o tener ópticas diversas sobre estas cuestiones básicas.

No pueden descartarse interpretaciones distintas sobre Allende. Son posibles matices importantes sobre qué pensó en un momento u otro, cuál fue el significado de una u otra acción, qué habría hecho en tal o cual situación hipotética o actual. Nadie podría legítimamente aspirar a responder sin ambigüedades cuestiones de este tipo. Hacerlo, por lo demás, constituiría un abuso y efectivamente, una forma de manipulación. Lo que no parece posible negar es lo esencial de sus ideas, que están escritas, y que fueron "actuadas", puestas en práctica.

Para aquellos que así lo reconocen, pero que no se sienten identificados con el mensaje central o con aspectos importantes de él, quedan dos caminos posibles: uno es el homenaje a Allende como héroe, como luchador social que entregó su vida y que, en consecuencia, merece el respeto de sus continuadores y tiene justos títulos para ser símbolo de lucha por la justicia, la igualdad y la libertad. Esta aproximación tiende a enaltecer la imagen de Allende según descrita, pero coloca en un segundo plano el valor de sus ideas y de su acción.

El otro camino es reconocer el gran valor de Allende como figura social y política, admitir muchos de sus aciertos, pero ser capaz de expresar con veracidad las discrepancias en cuestiones esenciales. Con el estilo directo y honesto que caracteriza sus intervenciones, Luis Corvalán, Secretario General del partido Comunista adoptó esta línea en el informe al Pleno de 1977 del Comité Central de su partido. Vale la pena transcribir íntegra una parte significativa de los párrafos dedicados a Allende porque reflejan claramente una posición respetable por su ejemplar franqueza:

"En relación a la orientación del Gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del Partido Comunista con la política de Salvador Allende. Nuestro Partido consideró, desde el comienzo hasta el fin, un asunto esencial de su política la necesidad de afirmar el gobierno del compañero Allende. Con él tuvimos siempre buenas relaciones, basadas en la amistad, la franqueza y el respeto mutuo. Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado. Se lo dijimos. De su lado, él nos expresó sus opiniones discrepantes cada vez que lo consideró necesario. Sin embargo, lo cierto es que, al margen de esta y otras diferencias, hubo una gran coincidencia en la línea gruesa, en cuanto al carácter de la revolución, a sus etapas, a la política de alianzas, a la combinación de la presión de masas desde abajo con la actividad del Gobierno

(5) Uno de los comentarios críticos apareció en la sección cartas de *Análisis* 72, enero de 1984, p. 52.

desde arriba para llevar adelante los cambios revolucionarios, a la aplicación irrestricta del programa.

“La ultraizquierda acusó muchas veces a Allende de reformista. Nosotros dijimos alguna vez, que en el Gobierno había rasgos reformistas. Pero esto no era lo que caracterizaba al Gobierno. Era un gobierno revolucionario y lo era también gracias a su personal contribución.

“Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política. Todo esto y, por qué no decirlo, su sentido de la historia y de su papel en ella, eran sentimientos tan fuertes que le daban capacidad para pasar por encima de cualquier concepción idealista a la que hubiese adherido, y lo decidían a llevar la revolución hasta el fin”.⁽⁶⁾

La vida política de Allende estuvo cruzada por las grandes tensiones inherentes a los grandes proyectos. Teoría y práctica tuvieron un complejo encuentro en largos años de duro batallar, el pragmatismo obligado del gobernante se enfrentó al utopismo del revolucionario que quiere cambiar la sociedad y dio lugar a cruciales momentos para la vida política y social chilena; medios y fines se relacionaron en permanente tensión cuando los esquemas ideales se confrontaban con la compleja realidad. La grandeza de Allende estriba, en último término, en haber podido, como muy pocos, sintetizar las contradicciones inherentes a la acción política en un resultado noble y humano que ha dejado una huella imborrable y fecunda.

Allende estuvo muy próximo a lograr la culminación global de sus ideas: hacer socialismo en Chile. El trienio 1970-1973 fue el agitado período de la historia chilena en que la “la vía allendista”, la vía de Allende, fue sometida a la dura prueba de la práctica.

(6) Corvalán continuó: “Salvador Allende no tenía una formación marxista-leninista acabada. Pero era un hombre dispuesto a la lucha sin concesiones para que la clase obrera y el pueblo alcanzaran posiciones de poder. En él pesaba fuertemente una espina del pueblo de Chile: las traiciones de que había sido objeto aquél por demagogos burgueses, las frustraciones que había experimentado tantas veces. No vacilaba para enfrentar con coraje a los enemigos. Lo que hizo y no hizo estuvo ante todo determinado por el afán de dirigir los acontecimientos con miras al acceso del pueblo al Poder. En las últimas semanas, cuando la subversión reaccionaria ponía en jaque al Gobierno y la insolencia de “El Mercurio” llegaba a extremos inauditos, él sentía, por una parte, el deseo de aplastarla y, de otro lado, la impotencia en que ya se encontraba su Gobierno por el deterioro de la correlación de las fuerzas. Pero en esos momentos lo escuchamos exigir consecuencia a aquellos críticos de su Gobierno, a los que lo habían calificado más de alguna vez de reformista, diciéndoles: “Yo no puedo, no estoy en condiciones de hacer nada contra “El Mercurio”, pero háganlo ustedes”. Esto demuestra que en él primaban sus propósitos revolucionarios, su gran propósito de hacer la revolución, por encima de las concepciones de tolerancia, a las que nunca se atiene la burguesía, pero que habían formado parte de su ideario.

“Salvador Allende fue un consecuente luchador por la paz mundial, amigo del campo socialista, principalmente de la Unión Soviética, de Cuba, de Viet-Nam y de la República Democrática Alemana. Fue campeón de la unidad socialista-comunista, de la unidad de la clase obrera y de la unidad del pueblo y fue un gran educador de las masas populares en las ideas de la transformación social. Durante un cuarto de siglo, por lo menos, con lenguaje sencillo, sembró la semilla de los grandes cambios que necesitaba el país, como la nacionalización del cobre y la reforma agraria. No fue el único. Y los Partidos, ante todo el nuestro, hicimos en este sentido lo que era de nuestro deber. Pero, considerado como personaje histórico, nadie, después de Recabarren, ha sido un tan grande educador social.

“Su último servicio a la revolución fue su holocausto. Le ofrecieron salvar su vida, pero no aceptó tratos con los fascistas, ni siquiera para eso. Su sangre estigmatizó para siempre a los traidores.

“Tenemos en alta estima, sentimos un gran orgullo de haber marchado por largos años en un acuerdo tan estrecho con él, en aras de asegurar el proceso revolucionario, del esfuerzo por conseguir su culminación victoriosa y lo estimamos como un gran símbolo de la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular”.

“La revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia”, Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por su Secretario General, Luis Corvalán. En Partido Comunista de Chile, *Boletín del Exterior* 26, noviembre-diciembre 1977, pp. 44, 45 y 46.

DEL PENSAMIENTO DE SALVADOR ALLENDE

ERNESTO AGUILA

*Los siguientes artículos de Ernesto
Aguila fueron publicados en periódicos
socialistas entre los años 1986 a 1989.*

SOBRE LA VIA CHILENA

Uno de los aspectos menos comprendidos y más tergiversados del pensamiento de Salvador Allende es el relacionado con la vía al socialismo por él sustentada.

LA VIA INSTITUCIONAL

Salvador Allende concibió una vía institucional al socialismo como fruto de su experiencia de lucha y de su visión de las condiciones políticas existentes en nuestra sociedad. El vio la posibilidad de valerse de la propia institucionalidad democrático-burguesa -crecientemente profundizada en sus contenidos democráticos por la lucha popular-, para impulsar las transformaciones económicas, sin destruir el aparato estatal existente, lo que le permitiría generar las condiciones para iniciar la edificación del socialismo en nuestra patria.

Dicha tesis -que significaba ir despojando de sus privilegios a las clases propietarias, con pleno respeto de las libertades públicas y el pluralismo político-, fundaba su viabilidad en la organización y movilización de las masas, en la capacidad de los partidos de izquierda de competir electoralmente, en la hegemonía ideológica que las soluciones anticapitalistas habían alcanzado en nuestra sociedad (ejemplo de ello lo constituye el Programa de Tomic en 1970), y el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas y el pensamiento progresista de algunos de sus altos mandos (hecho que se comprueba a través de las *Memorias* del general Carlos Prats).

Este diseño de conquista del poder, cuya "política militar" descansaba en la posibilidad de ir ganando a parte de las Fuerzas Armadas para el proceso popular, a la par de mantener neutralizados a los sectores más reaccionarios, privilegiaba el desarrollo de formas de lucha pacíficas o no violentas por parte del movimiento popular. La argumentación de Allende sostenía que el desarrollo de organizaciones y acciones paramilitares tendería a cohesionar a las inmensa mayoría de los mandos superiores y medios de las Fuerzas Armadas en torno a la autodefensa de su función monopolizadora del poder armado del país, alineándolas finalmente en posiciones favorables al golpe militar.

Se puede o no estar de acuerdo con esta lógica política y con la estrategia que ella representa. En cualquier debate serio sobre el punto hay que incluir hoy día, no sólo los argumentos que justificaban aquel diseño allendista, sino también lo que la experiencia demostró, que por lo demás es más complejo que el simplismo de afirmar que la vía de Allende era inviable.

Pero lo que no se puede aceptar es la presentación del pensamiento de Allende como dominado

por categorías pre-marxistas acerca del problema del poder, de carácter reformista, y que su propuesta haya sido de un pacifismo a ultranza, al margen de las condiciones históricas y políticas del período.

CONDICIONAMIENTO HISTORICO

La tesis de la vía institucional al Socialismo se haya profundamente condicionada por las premisas políticas existentes en el período 70-73, y no constituye una estrategia posible de extrapolar frente a condiciones históricas distintas. Al respecto Allende tenía una extraordinaria lucidez y siempre afirmó que eran las condiciones históricas concretas las que determinaban la vía y las formas de lucha que los partidos y movimientos populares debían adoptar.

Nada más claro sobre este asunto que lo que le declaraba a Régis Debray en 1971: "La lucha revolucionaria puede ser el foco guerrillero, puede ser la lucha insurreccional urbana, puede ser la guerra del pueblo, la insurgencia, como el cauce electoral; depende del contenido que se le dé. Entonces, frente a algunos países no hay otra posibilidad que la lucha armada: donde no hay partidos, donde no hay sindicatos, donde hay dictadura, ¿quién va a creer en la posibilidad electoral? No hay ahí ninguna perspectiva electoral. Y esa gente, estos revolucionarios, tienen que llegar hasta las últimas consecuencias".

Nada más ajeno a la propia lógica de Allende -que como puede apreciarse es una lógica inequívocamente marxista-, que trasladar su tesis sobre la vía institucional y la primacía de las formas de lucha pacíficas a la etapa dictatorial-fascista que vaticinó se impondría en Chile de ser derrocado el Gobierno Popular.

(Unidad y Lucha Nº 93 - Junio 1986).

ANTIMPERIALISMO Y LATINOAMERICANISMO

El pensamiento político y la práctica de lucha de Salvador Allende constituyen una fuente natural y permanente de inspiración e identidad del movimiento popular y de la izquierda chilena.

Quisiéramos examinar dos de los rasgos más definitorios de la personalidad política de Allende: su irreductible posición antimperialista y su acendrada vocación latinoamericanista.

"Los socialistas advertimos que nuestro enemigo número uno es el imperialismo y por eso concedemos... primera prioridad a la liberación nacional", señalaba Allende en 1971. Fundamentaba esa posición en el hecho de que "la penetración y dominación del capital foráneo se ha acentuado tanto en los últimos años, (que ha hecho) casi invisible la burguesía llamada nacional". Esa "invisibilidad" de nuestra "burguesía nacional" -por la debilidad e incapacidad de los sectores capitalistas medianos y pequeños para actuar con independencia de la burguesía monopólica-, determinaba que la lucha por el Socialismo tuviera un carácter necesariamente democrático y antimperialista.

Allende gustaba de señalar que en América Latina, más que las grandes definiciones filosóficas o el número de "ismos" que se ostentaran, lo que realmente definía el carácter revolucionario de un Partido o dirigente era el grado de consecuencia que asumiera en la lucha contra el imperialismo.

Intimamente ligada a su posición antimperialista destacaba en él su postura latinoamericanista, la que se expresó en innumerables ocasiones en gestos concretos.

Salvador Allende fue el primer dirigente chileno que llegó a Cuba luego del triunfo de la Revolución, a sólo 15 días del ingreso triunfal de Fidel y el Che a La Habana. Desde entonces profesaría una gran admiración por el proceso cubano y establecería una profunda amistad con los principales dirigentes de la Revolución.

Pero no estuvo junto a los revolucionarios latinoamericanos sólo en las horas del triunfo, sino que también supieron de su solidaridad en los duros momentos de la derrota. En 1967, siendo Presidente del Senado, Allende concurrió personalmente al norte del país a buscar a los sobrevivientes de la guerrilla del Che, que huyendo desde Bolivia habían logrado alcanzar la frontera chilena, y los acompañó hasta que estuvieron bajo amparo diplomático del Gobierno cubano.

En esa ocasión la derecha vio la gran posibilidad de utilizar la conducta solidaria de Allende para destituirlo de la Presidencia del Senado, e incluso para vituperarlo y abatirlo políticamente. Allende les respondió: **"Para un militante revolucionario es un deber legítimo y hermoso prestar su solidaridad -humana e ideológica- con los compañeros militantes de la misma revolución... eso es algo que todo revolucionario entiende y acepta, eso es algo que ningún lacayo y mercenario comprenderá nunca"**. Allí está presente su concepción de que, sea en Cuba, en Bolivia o en Chile, la lucha de sus pueblos es parte "de la misma revolución" latinoamericana.

La trayectoria latinoamericanista y antimperialista de Allende se vio expresada también en el desarrollo de iniciativas de coordinación y en la elaboración de propuestas continentales. Entre ellas está el destacado rol que jugara en la reunión de Montevideo, en 1961, paralela a la que se realizaba en ese momento en Punta del Este, donde el gobierno de John Kennedy lanzaba su programa de la "Alianza para el Progreso" como respuesta al desafío que implicaba el ejemplo de la Cuba Revolucionaria para enfrentar el subdesarrollo latinoamericano. En aquella ocasión, en el Salón de Honor de la Universidad de Montevideo, Allende y el Che fueron los dos oradores más destacados y aplaudidos en su argumentada crítica a la inviabilidad de la propuesta norteamericana.

En 1967, en la reunión de la Tricontinental -que reuniera en La Habana a las fuerzas antimperialistas de Asia, Africa y América Latina-, Salvador Allende propuso la creación de un organismo de coordinación de los partidos populares y revolucionarios de América Latina. Esta iniciativa se concretó en la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que representa un precedente de extraordinaria significación para los nuevos esfuerzos de unidad e integración de la lucha de los pueblos de nuestro continente.

Consecuente con la concepción latinoamericanista de Allende, la política exterior del Gobierno Popular se caracterizó por su promoción de iniciativas de integración política, económica y cultural entre los países del continente. Rechazó, por lo tanto, los criterios "panamericanistas" impuestos por el imperialismo desde el siglo pasado y la tesis de las "fronteras ideológicas" nacida a la luz de la "doctrina de seguridad nacional" que empezaban a aplicar las dictaduras militares prohijadas desde Washington. De allí que una de las primeras medidas tomadas por Allende al asumir la Presidencia de la República fue restablecer las relaciones diplomáticas con Cuba, rotas por el gobierno de Alessandri en 1964.

En 1829, el libertador Simón Bolívar, con extraordinaria visión de futuro señaló: **"Los Estados Unidos parecen destinados a plagar la América Latina de miserias a nombre de la libertad"**. Este mismo sentimiento antimperialista y latinoamericano ha estado presente siempre en los grandes hombres de nuestro continente, y es ya parte indisoluble del proyecto democrático, popular y liberador de nuestros pueblos, por el que Salvador Allende luchara durante más de cuatro décadas y ofrendara su vida.

LAS NUEVAS FRONTERAS POLITICAS DEL MOVIMIENTO POPULAR

Una de las orientaciones de mayor riqueza y proyecciones en que se basa el esfuerzo que hoy se realiza para la unificación de la izquierda, es aquella que concibe este proceso de manera abierta e incluyente de las franjas progresistas del centro político.

En efecto, el documento del Cónclave suscrito por nueve organizaciones de izquierda apunta en esa dirección cuando señala: **“Creemos imprescindible e imperioso... la construcción de una fuerza social y política mayoritaria por los cambios, que funda en un solo proyecto los objetivos de justicia y libertad, democracia y socialismo”**.

En este sentido el mismo documento realiza el aporte y la visionaria postura sostenida por Salvador Allende, quien más cerca estuvo de conducir a la izquierda por esta senda, **“ensanchada en sus posibilidades por la significativa cercanía programática con la candidatura presidencial demócratacristiana de Radomiro Tomic de 1970”**.

Las anteriores constataciones son altamente positivas, en la medida que expresan la vocación de la izquierda de transformar su proyecto democrático-revolucionario en una alternativa de mayorías nacionales, dando así solución, en un sentido progresista, al problema real de los tres tercios de la política nacional y a la dificultad que ello encierra para construir mayorías nítidas y estables, cuestión fundamental para viabilizar un proyecto transformador.

Igualmente estas definiciones representan una maduración de las fuerzas populares en relación al tema de las alianzas. Superando visiones sobrecargadas de ideología y “manualescas”, y sin abandonar su perspectiva revolucionaria, la izquierda responsable se ha abierto a la realidad evidente de la existencia de un amplio campo de acuerdos, de carácter antimperialista y anticapitalista, con sectores avanzados del centro político, como respuesta de fondo a los grandes problemas nacionales.

Si lo anterior fue cierto en el pasado, hoy lo es con mayor razón. El carácter altamente concentrador y excluyente del modelo económico implantado por la dictadura de Pinochet ha generado un fuerte impacto regresivo en los niveles de vida de las capas medias, ha profundizado y extendido la pauperización de la clase obrera, ha desarrollado una amplísima franja de desempleados y subempleados, y ha debilitado ostensiblemente al pequeño y mediano empresario productivo.

Estas evidencias permiten afirmar que el campo de los explotados y marginados de nuestro país se ha ensanchado sustantivamente, lo cual refuerza la visión y la pretensión de la izquierda de ampliar sociológica y políticamente su opción radical por la democracia y la justicia social.

EL PROGRAMA TOMIC DE 1970

En la perspectiva de abrir paso al encuentro entre la izquierda y los sectores avanzados del centro político, resulta de gran interés una atenta lectura del Programa Presidencial enarbolado por la candidatura demócratacristiana de Radomiro Tomic en 1970.

Si bien esa propuesta programática fue concebida en un contexto histórico muy diferente al actual, no es menos cierto que, dada la honda significación de la coyuntura en que fue presentada al país, los valores e ideas-fuerzas centrales que vertebran dicho Programa debieran poseer una razonable vigencia en el tiempo transcurrido, pudiendo servir hoy como parte de un diálogo izquierda-progresismo de Centro, en la perspectiva de acuerdos programáticos de largo aliento.

Un primer aspecto donde es posible destacar un análisis convergente con la izquierda es a nivel del diagnóstico, en la definición de las causas esenciales que estaban en la base de los grandes problemas que enfrentaba el país al comienzo de la década del 70. Al respecto el Programa Tomic señalaba: **“Chile enfrenta una crisis institucional profunda... cuya expresión más inmediata es el agotamiento del sistema capitalista, en su capacidad de producir riquezas, proporcionar trabajo y asegurar la independencia de la nación”**.

El anterior planteamiento coincidía casi completamente con lo que expresaba el programa de

la Unidad Popular en este sentido: "Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas... Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país..."

Dentro de la propuesta Tomic, junto a su marcado acento anticapitalista, destaca su énfasis en la participación popular y particularmente de los trabajadores organizados en la conducción de la sociedad que se buscaba abrir paso. En esta dirección, la propuesta demócratacristiana de 1970 sitúa como una de sus dos metas esenciales "la sustitución del Capital Financiero por los Trabajadores Organizados, como el motor fundamental del esfuerzo productivo de la economía chilena, pasando a ser estos sus principales beneficiarios". Reafirmando esta misma idea, señala en otro de sus párrafos que "la nueva economía de Chile será de los trabajadores... Esto significa que los trabajadores deberán participar en la toma de decisiones económicas que afecten tanto a la comunidad nacional como a sus propias empresas".

Otro aspecto que se debe rescatar de la propuesta Tomic de 1970 es el concepto de "Unidad del Pueblo", el cual se acercaba en importante medida a la lectura que daba Salvador Allende al término "Unidad Popular". Al respecto la propuesta Tomic llamaba "a las fuerzas sociales profundas que forman al pueblo de Chile, a los partidos políticos de base popular que representan a una parte de los chilenos y a todos los chilenos a quienes mueva el sentido patriótico y la consecuencia de los cambios sociales indispensables a integrar un gran movimiento de unidad del pueblo".

Resulta imposible no vincular la idea anterior a la discusión hoy en curso sobre la necesidad de construir un Bloque Histórico por los cambios revolucionarios de nuestra sociedad, entre la izquierda e importantes sectores del centro político.

Junto con estas coincidencias en el diagnóstico y respecto del sentido global del cambio que el país requería, es interesante destacar el tratamiento progresista del programa de Tomic, en temas como el rol del Estado en la economía, la política de nacionalizaciones, las Fuerzas Armadas, la Reforma Agraria y el Poder Judicial. Sobre este último, por ejemplo, se situaba como objetivos básicos su "modernización y la democratización", acentuando la responsabilidad del Estado en proporcionar al país "una justicia expedita y moderna, al alcance de los sectores populares", siendo para ello indispensable que el Poder Judicial "no se desvincule de la realidad nacional y política, contrariando la voluntad democrática mayoritaria de la nación".

MADURAR LA EXPERIENCIA

El sentido de estas reflexiones no apunta a desconocer las diferencias existentes entre Tomic y Allende en 1970, ni tampoco a soslayar un conjunto de fenómenos coyunturales que dificultaban enormemente lograr niveles de entendimiento entre ambas alternativas. No obstante, transcurridos 16 años, y considerando las potencialidades que encerraba la respuesta fascista a los anhelos de cambios radicales existentes en nuestra sociedad a principios de los 70, sin duda muchas de estas diferencias y dificultades podrían haber tenido un contexto de análisis y resolución distintos.

No se trata de ser generales después de las batallas, sino simplemente de contribuir a enfrentar el presente con la mayor comprensión y maduración posible de nuestro pasado. La construcción actual de la Unidad de la Izquierda abierta al progresismo de Centro es un significativo avance en esa dirección.

LOS VALORES PERMANENTES DE LA "VIA CHILENA AL SOCIALISMO"

En el marco de la profunda significación política que poseen para el movimiento popular chileno las fechas del 4 y 11 de septiembre, resulta propicio recordar a Salvador Allende y rescatar de su pensamiento aquellos valores e ideas esenciales que permitan enfrentar las definiciones que plantea la configuración de nuevos escenarios y desafíos.

Allende solía señalar con insistencia que él no era un teórico, sino un político y un luchador social. Sin embargo, su propuesta de "Vía Chilena al Socialismo", desarrollada fundamentalmente a través de discursos, contenía y contiene un profundo valor teórico y político que lo pone en el medio del problema más acuciante del marxismo de nuestro tiempo: articular la propuesta de liberación y justicia social del ideario socialista con la existencia y desarrollo de una efectiva democracia política, o, expresado en otros términos, demostrar históricamente -y ya no sólo en la teoría- que el Socialismo es la expresión más acabada de la Democracia.

Resulta imposible no reconocer el vigor y la vigencia de las problemáticas planteadas por Allende en la "Vía Chilena" a la luz del proceso de "perestroika" que hoy vive la URSS, donde bajo la consigna "más democracia, más socialismo", se busca superar las desviaciones burocráticas y autoritarias del proceso, el despliegue sin trabas de la vida cultural, y la aceleración del desarrollo económico y social del pueblo soviético.

¿QUE ERA LA "VIA CHILENA"?

La "Vía Chilena" era un diseño estratégico pensado para el período político abierto en 1970 con el ascenso al gobierno de Allende y la Unidad Popular. Fue una estrategia presionada por las circunstancias históricas, que se fue constituyendo teóricamente a la par de los acontecimientos. Allende, consciente de ésto, lo señaló con gran claridad en su mensaje del 21 de mayo de 1971 al Congreso Nacional: "La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo, marchamos sin guía por un terreno desconocido..." El clima y la matriz ideológica de la izquierda de la época no tenía en su interior las categorías para "pensar" la situación producida.

La "Vía Chilena" planteaba avanzar a través de la democracia política apoyándose en la organización y la lucha del movimiento popular -particularmente los trabajadores-, en la conquista de una Mayoría Nacional para el socialismo. La premisa fundamental -parcialmente explicitada en la época- era la construcción de una sólida hegemonía ideológica, política y cultural al interior de la sociedad que permitiera -por la fortaleza y legitimidad de los mecanismos, instituciones y el principio de la soberanía popular- transformar las relaciones de producción capitalistas y el Estado en favor de un contenido democrático avanzado, anticapitalista y antimperialista.

La "Vía Chilena" era sin duda una estrategia gradualista, marcada por los ritmos del juego democrático, que suponía una Izquierda con gran capacidad de "lucha ideológica" y de interlocución y articulación de consensos con los diferentes actores políticos y sociales de nuestra sociedad.

Suponía igualmente la existencia de un Programa popular de proyección nacional que en su primera etapa se planteara atacar la influencia de los monopolios y el capital transnacional y la ideología conservadora prevalecientes en las capas medias y la pequeña y mediana burguesía, aglutinando tras de estos objetivos históricos a un Bloque político y social mucho más amplio que el expresado y representado por la Unidad Popular.

Las formas de lucha fundamentales de la "Vía Chilena" eran los métodos electorales, la movilización de masas reivindicativa y política, y una poderosa capacidad -que no existió- de "lucha ideológica". El objetivo básico era ir produciendo una creciente integración de la mayoría de la sociedad chilena en torno a los valores y el proyecto del movimiento popular.

La "Vía Chilena" no desconocía -como suelen señalar sus detractores- el signo de clase conservador de poderes fundamentales del Estado -FF.AA. y Poder Judicial-, pero apostaba a que a través de la conquista de una parte significativa del Estado -el aparato de gobierno-, sumado a los cambios en las relaciones de producción, la construcción de una nueva hegemonía y la fortaleza y lucha del movimiento popular, sería posible -legitimado por la expresión democrática del pueblo- producir la coyuntura histórica que permitiera superar el signo de clase conservador de los principales aparatos estatales.

Como se puede apreciar, de una evaluación atenta de la "Vía Chilena", el concepto fundamental involucrado era el de **hegemonía**, es decir, de la capacidad de una clase -en nuestro caso los trabajadores- de socializar y producir la internalización de sus intereses, ideas, valores, "sentido común", en una mayoría de la sociedad. La generación de una nueva hegemonía suponía un cambio profundo, estable, permanente en la dirección ideológica de las conciencias de una mayoría nacional, cuestión esencial para plantearse -como lo hacía la "Vía Chilena"- la **transición al Socialismo** sin recurrir a formas dictatoriales de Estado.

Sin duda la propuesta de Allende tenía mucho de "herejía" teórica, pero qué revolución no había sido "hereje" con la ortodoxia. Allende así lo percibía y lo señaló en el mencionado Mensaje al Congreso: "...Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una nueva manera de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada...", y agregaba: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista... modelando la primera sociedad socialista según el modelo democrático, pluralista y libertario".

LA HERENCIA DE LA "VIA CHILENA"

Sin pretender exhaustividad, y asumiendo que las nuevas definiciones tendrán que tener en la base las transformaciones producidas en estos años de dictadura y la propia experiencia de la U.P., se puede señalar preliminarmente los siguientes valores de la "Vía Chilena" a tener presentes en los debates sobre estrategia que han comenzado a abrirse al interior de la izquierda:

a) Luego de la experiencia dictatorial fascista, necesariamente el proyecto de la Izquierda tendrá que tener en su centro la reinstalación, ampliación y defensa de la democracia política. La articulación de democracia y socialismo -eje de la "Vía Chilena"- tendrá que estar en el centro de las propuestas de la izquierda.

b) La articulación de democracia y socialismo se funda también en la evaluación histórica del desarrollo del "socialismo real" (como la demuestra la autocrítica que está en la base de la "perestroika"), en el sentido que las formas dictatoriales de Estado en la transición al socialismo han conllevado desviaciones burocráticas y autoritarismo aberrantes (stalinismo).

c) La necesidad de una Izquierda capaz de construir una Mayoría Nacional con capacidad de proyectar su unidad hacia la interlocución y búsqueda de acuerdos programáticos con el centro político.

d) La intransable perspectiva de la "Vía Chilena" de su proyecto anticapitalista y antimperialista.

e) Su sentido nacional, y su grado de compenetración con las formas históricas concretas de lucha con que se desarrolló desde su nacimiento el movimiento obrero y los sectores populares.

f) El esfuerzo por articular el proyecto socialista en un programa de carácter popular nacional, efectivamente inclusivo de una amplia alianza social que involucrará desde la clase obrera y el campesinado, hasta la pequeña y mediana burguesía, pasando por las significativas capas medias.

g) La presencia al interior de la estrategia de "Vía Chilena" del concepto de **hegemonía** -escasamente trabajado y desarrollado en la época- que constituye una categoría fundamental para pensar y diseñar una estrategia que se plantee avanzar hacia el socialismo a través de la profundización y ensanchamiento de la Democracia.

h) El profundo sentido popular y de masas de la "Vía Chilena". El rol central de la organización y movilización popular, o sea el protagonismo popular como viga maestra de la estrategia hacia el socialismo.

Este 11 de septiembre se cumplen 15 años de la muerte de Salvador Allende en combate en La Moneda. Nuestro mejor homenaje es recordarlo en su ejemplo y pensamiento político, y reflexionar sobre su vigencia a la luz de los nuevos desafíos históricos que comienzan a insinuarse en nuestra realidad política. No nos debería sorprender que sobre las nuevas definiciones que la realidad comienza a exigirnos sea Salvador Allende, una vez más, el que tenga mucho que decirnos y enseñarnos.

(Chile Vencerá N° 27 - Septiembre 1988)

ALLENDISMO Y RENOVACION DE LA IZQUIERDA

La configuración de un nuevo escenario político luego del 5 de Octubre pasado -caracterizado por el progresivo ocaso de la dictadura y la creciente institucionalización de la participación política-, plantea a la izquierda chilena nuevas definiciones y desafíos.

Aún cuando todavía no se resuelve con claridad si la futura institucionalidad política será plenamente democrática o partirá con importantes "recortes" autoritarios -cuestión que se jugará de manera decisiva este año-, lo cierto es que todo parece indicar que avanzamos inexorablemente a la reinstalación de un régimen político con importantes rasgos de continuidad con la democracia tradicional chilena.

La anterior constatación, sumada a la profunda revalorización política y ética de la democracia por parte de la izquierda -fruto de la dura experiencia fascista de estos años-, y a la generalizada convicción de que las experiencias de construcción del Socialismo a nivel mundial no han logrado compatibilizar en la medida adecuada el extraordinario progreso social que han representado para sus pueblos con el desarrollo de regímenes efectivamente democráticos; plantea a nuestra izquierda el desafío histórico de delinear una estrategia de lucha, una concepción de transición al Socialismo y el diseño de la futura sociedad en términos de articulación de los valores esenciales que inspiran los idearios democráticos y socialistas.

Esta problemática, que cruza hoy los debates y desarrollos del marxismo, y que inspira el vitalizador proceso de la "perestroika", bajo la consigna "**más democracia, más socialismo**", representa un reto teórico y práctico insoslayable para la izquierda chilena.

Las presentes reflexiones parten de la profunda convicción de que en el tratamiento de estas cuestiones esenciales nuestra izquierda debe buscar sus propias respuestas recurriendo privilegiadamente a la teorización y debate sobre el pensamiento y la práctica política de su líder histórico, Salvador Allende.

Plantearse en estos términos no significa buscar reproducir mecánicamente el proyecto delineado por Allende, soslayar sus debilidades ni ignorar las transformaciones operadas en nuestra sociedad en los últimos 15 años. Pero sí debe considerar la propuesta y la práctica de Salvador Allende como el referente natural -profundamente enraizado en la memoria del movimiento popular chileno- desde donde pensar y resolver el desafío que representa la articulación de la democracia política y la construcción socialista.

De manera preliminar, y sin pretender exhaustividad, parece necesario rescatar del allendismo a lo menos los siguientes aspectos:

a) Concebir la lucha por el socialismo como una **revolución de mayorías**, asumiendo que para ello es necesario una ampliación programática y un marco de alianzas muy superiores al históricamente sostenido por nuestra izquierda, y donde efectivamente se logre involucrar a la mayoría política y social del país.

b) Asumir que el desafío de construcción de esta **mayoría nacional por el socialismo** pasa por la transformación del proyecto socialista en **hegemónico en la sociedad**, y que ello debe expresarse en la construcción de una voluntad consciente de una mayoría ciudadana en pro del socialismo.

c) Lo anterior significa concebir la transformación socialista no como el acto esclarecido de una "vanguardia", que aprovecha una "coyuntura" precisa para hacerse del poder, sino que en esta concepción el paso hacia el Socialismo es la resultante de un **proceso consciente y voluntario de la mayoría del país**.

d) Complejizar las concepciones de la izquierda sobre el Estado, asumiendo a éste no como un compartimiento estanco que expresa única, exclusiva y coherentemente sólo el interés de una clase, sino entender también al Estado como **un reflejo de la lucha política y social** que se libra en la sociedad, y que por lo tanto va expresando -aunque no de manera mecánica- las correlaciones de fuerzas y las hegemonías que al interior de la sociedad se van verificando. Ello permite pensar dinámicamente la evolución del Estado y la generación de condiciones para la transformación de su contenido de clase en el marco de una estrategia de profundización democrática.

e) Asumir que la democracia política (pluralismo ideológico, sufragio universal, alternancia en el gobierno, etc.), no obstante poder constituir en un momento histórico **la forma** como se expresa políticamente una dominación de clase, no constituye en sí la expresión propia y natural de un determinado interés de clase. Nuestra propia experiencia histórica y la ruptura de las clases dominantes con la institucionalidad democrática **por ellas mismas creada**, da cuenta de los grados de **autonomía de las instituciones y mecanismos democráticos** en relación a la clase que las engendra. Ello es particularmente cierto en nuestra sociedad, donde a lo largo de su historia las distintas construcciones de institucionalidad política han contado con la presencia significativa del pueblo, el que en distintos grados ha pasado a tener un peso real al interior de dichos sistemas institucionales.

f) Acendrar en la izquierda la convicción de que los **valores esenciales del ideario democrático** -libertad, justicia, igualdad y participación-, entroncan de manera natural con el proyecto socialista y sus propuestas de socialización del poder económico, de justicia social, organización y participación popular, etc. Por el contrario, reconocer en la **lógica individualista y concentradora** propias del capitalismo una tensión estructural con la democracia política.

g) Rescatar la tradición de masas y de organización y lucha popular del allendismo, recogiendo de la práctica de Salvador Allende su esfuerzo real por otorgar protagonismo al movimiento popular y por dotar a la institucionalidad política democrática de un real contenido de masas.

h) Rescatar la vocación socialista de la práctica y la propuesta allendistas, asumiendo el Socialismo como una opción vigente, que deberá colocarse en el horizonte histórico inmediato de nuestro pueblo una vez completada la transición a la plena democracia.

i) Rescatar el sentido nacional de la propuesta allendista. Su deliberado esfuerzo por concebir el proceso de transformación socialista no como la aplicación mecánica de ciertas "verdades generales" de la teoría revolucionaria, sino poniendo el acento en lo específico, en lo singular de nuestra formación social. Ello abre el camino para pensar la política concreta sin ideologismos estériles.

j) Rescatar la profunda valoración allendista de la de la **unidad de la izquierda**, como fundamento esencial para la acumulación de fuerzas en la construcción de una nítida hegemonía socialista al interior del vasto bloque progresista y anticapitalista que se hará necesario construir.

Por último debemos reiterar que constituiría una grave falta de visión de nuestra izquierda si en el actual proceso de renovación en que está empeñada no recurriera de manera fundamental a la rica tradición allendista, buscando desde allí las grandes respuestas a los nuevos desafíos que la realidad -con su "incorregible imaginación"- nos está colocando en el camino.

(Unidad y Lucha Nº 121 - Enero 1989).

LOS LEGADOS DE SALVADOR ALLENDE

CLODOMIRO ALMEYDA

*El trabajo de Almeyda fue
originalmente publicado en la revista
CUADERNOS de Orientación
Socialista N° 16, octubre de 1983,
Berlín.*

Resulta imposible intentar identificar y valorar el aporte de un hombre a la historia, de un actor político a la sociedad en que vivió, sin referirse al menos sumariamente a la vida del personaje de que se trata, a su entronque con el tejido social y el ambiente político y cultural de los cuales se nutrió, nexos que en último término explica el porqué de su permanencia más allá de su muerte a través del mensaje que entrega a su posteridad y de la vigencia de los valores que contribuyó con su obra y su vida a crear o enfatizar.

Salvador Allende constituye un ejemplo típico del hombre de la clase media intelectual chilena, forjada en la escuela democrática del Liceo y de la Universidad liberal y progresista, producto de las luchas sociales y políticas del siglo XIX y que tanta influencia ha ejercido en la conformación ideológica de las clases políticas de Chile en la presente centuria.

Los valores decimonónicos que diseminó por el mundo la Revolución Francesa, permearon hegemonícamente el ambiente cultural de la mesocracia chilena y alimentaron ideológicamente a los partidos liberales y al radicalismo chileno. En ese clima espiritual se formó Salvador Allende. En su adolescencia y luego en la Universidad experimentó el impacto ideológico del Socialismo y de la Revolución de Octubre, vivió intensamente los efectos sociales aleccionadores de la gran crisis de 1929 en nuestra patria, y se insertó ya en esa época, como estudiante, en el agitado y convulso quehacer político de su tiempo, que vio emerger a la efímera pero penetrante República Socialista de Chile del 4 de Junio de 1932 y cuya estela cristalizó el año siguiente en la creación del Partido Socialista, del cual fue uno de sus fundadores.

En íntimo contacto desde entonces con el movimiento obrero, Allende ayudó desde su Partido a la conformación en 1936 del Frente Popular y, muy joven, luego de una primera experiencia parlamentaria, fue requerido por el Presidente radical Pedro Aguirre Cerda -quien triunfara al frente de aquella alianza política-, para integrar, en su calidad de médico y militante, uno de sus gabinetes como Ministro de Salubridad. Ello le permitió adentrarse profundamente en la problemática social del pueblo chileno y ser observador participante en los esfuerzos del Gobierno por desarrollar hacia adentro la economía del país, promover su industrialización bajo la inspiración y estímulo del Estado, ampliar y profundizar la participación democrática del pueblo en los asuntos públicos, y mejorar sus condiciones de vida, redistribuyendo en su favor el ingreso nacional.

Desde esa época pudo Salvador Allende constatar a través de su práctica, cómo el pueblo organizado podía influir desde el poder para avanzar hacia superiores y más justas formas de convivencia colectiva, como asimismo comprobar las limitaciones que esos avances tienen dentro del modo de producción capitalista y del Estado burgués, y de la necesidad de transformarlos en la dirección del Socialismo si no se quiere que los procesos reformistas se desvíen y se deformen

integrándose sus logros en la estructura de poder de las clases dominantes.

Se confundieron pues, muy pronto, en la vida de Allende los roles de luchador social, de hombre de Estado y de combatiente por el Socialismo. Su perspectiva para juzgar la realidad se enriqueció notablemente, también, en la medida que como dirigente del Partido Socialista, del cual llegó a ser su Secretario General en 1943, y como parlamentario durante treinta años, estuvo presente como actor permanente en todos los episodios políticos chilenos de la época, sin abandonar nunca la militancia partidaria y sin dejar tampoco nunca de mantener relaciones directas y personales con lo más representativo de las organizaciones populares chilenas, ya sea en el plano sindical, cultural, profesional o de las relaciones internacionales.

No fue casualidad que Allende fuera elegido Presidente del Colegio Médico de Chile, varias veces candidato presidencial de la Izquierda, ascendiera a la Presidencia del Senado de la República y representara en esos largos cincuenta años de su vida política a la Izquierda, a su Partido, al Gobierno y al Parlamento chileno en la más variada gama de torneos y organismos internacionales gubernativos o no gubernamentales, culminando su vida política como Presidente de Chile, tras su elección en 1970 como representante de las fuerzas democráticas avanzadas aglutinadas en la Unidad Popular.

Allende no fue un ideólogo. Y si bien su acceso a la política y los parámetros fundamentales que definieron su trayectoria pública estuvieron determinados siempre por su opción consciente y cada vez más profunda por el Socialismo, entendido en los términos del pensamiento marxista, su quehacer político estuvo siempre motivado en la coyuntura por las exigencias concretas de la lucha, por las demandas reales y objetivas de los trabajadores y de la sociedad chilena y por la aspiración a ganar siempre más influencia y poder para el pueblo organizado.

Tampoco fue un político puramente pragmático, y aunque siempre quiso y logró intervenir en la coyuntura, nunca lo hizo perdiendo de vista el objetivo final, sino adecuando su propuesta política a la realidad concreta, pensando siempre -intuitivamente y con razón-, que el proceso político se da en el terreno de las fuerzas y no en el de las ideas, lo que no significa menospreciar a estas últimas sino valorarlas en cuanto esclarecen y no en cuanto confunden, en cuanto movilizan y no en cuanto sumen en la perplejidad, en el desconcierto y en el inmovilismo. Siempre tuvo claro que la política era una cuestión de poder, y no de tener la razón. De ahí que muchas veces su aproximación a las cuestiones políticas divergiera y se distanciara de las políticas ideologizantes, cuya relación con lo concreto se empobrece y distorsiona, porque no son capaces de captar lo particular, de descubrir en la apariencia la manifestación de lo esencial, y no pueden así encontrar en la vida y por los caminos de la vida, la vía posible para transformarla y convertir en los hechos la idea en realidad.

Confieso que en más de una ocasión pensé que el innegable sentido de la realidad que percibía en Allende por la vía del pragmatismo podía conducirlo a posturas oportunistas; pero cuando junto a él y como su inmediato colaborador en el Gobierno de la Unidad Popular, desde el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, estuve en condiciones de vivir y ya no sólo suponer su conducta política, pude también constatar y dar fe de que Allende en todo momento actuó en función de su compromiso con el pueblo y el Socialismo, rasgo esencial de su personalidad moral y política, que rubricó con su muerte en combate. Con ello dio una muestra elocuente e indismutable de su lealtad a la causa democrática y socialista que abrazó desde su juventud y por la que entregó su vida peleando, ese día siniestro del 11 de septiembre de 1973, día que ingresará a nuestra historia más por la luz con que el sacrificio de Allende ha contribuido a iluminarla, que por la oscuridad y el oprobio con que quisieron empañarla la traición y la cobardía de un puñado de repugnantes generales vendepatrias.

Diseñada así, en breves palabras, la vida, la experiencia y la personalidad política de Allende, intentaremos recoger de ellas lo esencial, lo vigente, lo que constituye su legado al pueblo de Chile y a la historia, su mensaje a quienes tienen la tarea de reemprender el camino interrumpido por su muerte, luchando por reencontrar a Chile con sí mismo, para hacer retomar creativamente a su pueblo la faena de ir reconstruyéndolo en la dirección del Socialismo, en términos -como acostumbraba decirlo Salvador Allende- de democracia, pluralismo y libertad.

EL LEGADO DEMOCRATICO

En primer lugar quiero destacar la significación de esta trilogía -*democracia, pluralismo y libertad*- que también no por casualidad, estaba siempre presente en el discurso de Allende.

A través de esta trilogía se refleja la forma en que se vierte en su pensamiento y en su obra política republicana de Chile.

Se acostumbra decir por nuestros adversarios que la adhesión por la izquierda chilena a los principios democráticos es sólo instrumental, mediatizada y oportunista. Nada más lejos del pensamiento de Allende. Su formación ideológica, su vida y lo que hizo desde la oposición o desde el Gobierno, acreditan precisamente lo contrario. La internalización en su espíritu del contenido permanente del humanismo democrático y libertario, inspiró toda su conducta política. Y lo prueban no sólo su palabra reiterada sino que la gestión misma de su gobierno donde imperó siempre la más absoluta libertad, se respetaron los derechos humanos y donde fueron la Constitución y la Ley los parámetros fundamentales en los que se enmarcó su conducta, hechos todos que adquieren hoy en día especial relevancia cuando es la expropiación de la soberanía del pueblo, el atropello a las libertades y derechos del hombre, y la arbitrariedad más acusada, el rasgo principal que define a la dictadura represiva militar.

El mensaje democrático y libertario de Allende cristaliza valores nacionales producto de nuestra propia historia, expresa una característica señalada del ser nacional, de la manera de ser de los chilenos, en que el respeto a la opinión ajena y la tolerancia con los que disienten, le dan sentido pleno al levantamiento del pluralismo, como senda y camino para la búsqueda de la solución a los problemas sociales y nacionales.

Por eso no es extraño que acorde con esta orientación de su mensaje, todas las fuerzas democráticas que se oponen y resisten a la dictadura coincidan en el retorno a la democracia, la vigencia de los derechos humanos -tal como se expresa en la Carta de las Naciones Unidas-, y el reconocimiento al pluripartidismo, son supuestos básicos para la reconstrucción de Chile, de manera que en un clima de libertad pueda escoger después el pueblo -una vez derrocada la dictadura-, libre y soberanamente, la mejor opción a su juicio de las que le ofrezcan las diferentes fuerzas políticas del país.

En este orden de cosas, el legado de Allende tiene también una complementaria e indirecta significación. El hecho de que la contrarrevolución haya logrado derribar a su Gobierno y él muriera combatiendo contra ella, nos enseña que el proceso de transformación revolucionaria de una sociedad debe ser capaz de defenderse, tener la fortaleza necesaria, emergida del hegemónico apoyo popular y del respaldo de fuerzas armadas comprometidas con él, como para enfrentar y vencer a los enemigos, que necesariamente han intentado e intentarán usar la violencia y sembrar el caos y la anarquía para desactivar y derrocar a los gobiernos populares y revolucionarios.

El respeto a los derechos humanos y a la Ley, el reconocimiento del pluralismo ideológico y político en la sociedad, no son incompatibles sino complementarios con la existencia de un Estado fuerte, sustentado en la adhesión consciente del pueblo organizado y dotado de las armas necesarias para defender ideológica, política y materialmente el proceso revolucionario y para orientar y dirigir a las masas hacia el logro de sus ambiciones y difíciles objetivos.

El imperio de la libertad sin el fortalecimiento del poder revolucionario, crea las condiciones no sólo para el éxito de la contrarrevolución, sino también para que ésta suprima esa libertad, expropie la soberanía al pueblo y lo someta a la más abyecta de las opresiones, como lo demuestra elocuentemente la experiencia chilena y el trágico fin de Salvador Allende, su principal protagonista.

SU LEGADO UNITARIO

Una de las características que singularizan a la izquierda chilena, dentro de sus congéneres latinoamericanos, es que desde la gran depresión de los años 30 en adelante -cuando se inicia la época del desarrollo económico hacia adentro-, hasta el presente, ha sido la de haber predominado siempre en su seno -salvo períodos excepcionales-, las tendencias unitarias, dando origen a distintas

formas de alianzas políticas entre las clases medias y el movimiento obrero, a través de sus partidos más representativos.

Tanto en los planos social como político e ideológico, las izquierdas chilenas se han comportado en general, durante los últimos cincuenta años, reconociendo siempre en las fuerzas conservadoras a su enemigo principal, y entendiendo las pugnas entre partidos populares como antagonismos secundarios.

La primera cristalización de esta tendencia unitaria progresivamente prevaleciente la constituyó el Frente Popular, desde 1936 hasta los primeros años cuarenta, que reunió en una sola coalición política a radicales, democráticos, socialistas y comunistas, fenómeno inusitado en América Latina y coetáneo al surgimiento y desarrollo de semejantes Frentes Populares en Francia y España. A esa combinación política sucede, siempre en los años cuarenta, la llamada Alianza Democrática, con una semejante estructura partidista. En los años cincuenta se constituye el Frente del Pueblo -en el que ya los partidos ligados al movimiento obrero son hegemónicos y no los representativos de las capas medias, como en las alianzas anteriores-, el que se va progresivamente ampliando y fortaleciendo, se proyecta en el Frente de Acción Popular, como frente que comprende ahora a socialistas, comunistas, radicales, sectores de izquierda segregados de la Democracia Cristiana y los residuos también de izquierda del populismo ibaísta que tuvo efímero florecimiento a principios de los cincuenta.

Esta tendencia unitaria predominante y que se ha mantenido en lo esencial hasta ahora, atravesando la difícil coyuntura de la caída del Gobierno de la Unidad Popular sin fracturas importantes, constituye una valiosa conquista del pueblo chileno, un logro de relevante significación en nuestra historia política y que permite, si se sostiene y profundiza, abrigar un responsable optimismo estratégico en relación al futuro político de nuestro país.

Como todas las grandes conquistas populares, la unidad de la Izquierda chilena no ha sido fácil alcanzarla. Las pugnas entre socialistas y comunistas primero, entre radicales y socialistas y entre radicales y comunistas en ciertos tiempos, y del populismo ibaísta contra los partidos populares tradicionales, pusieron en peligro en más de una ocasión la unidad de las fuerzas populares. Pero siempre estas contradicciones tendieron a resolverse en último término, con salidas políticas favorables a la unidad. Sin este fenómeno no podría comprenderse la performance electoral de la izquierda en las contiendas presidenciales de 1958 y 1964 y luego la victoria de Salvador Allende en 1970.

Durante el medio siglo en que se desarrolló este proceso político en la izquierda, en que siempre la unidad salió triunfante, el esfuerzo y la presión unitaria de Salvador Allende jugó un papel decisivo. Se puede decir que el mayor aporte de Allende a la historia de su país y de su pueblo ha sido su determinante contribución a forjar la unidad esencial de las fuerzas populares chilenas, unidad cuya defensa, consolidación y superación constituye tarea prioritaria para los demócratas y revolucionarios chilenos de hoy y del mañana, como prolongación del quehacer unitario de Allende y como cumplimiento de su principal legado a la historia de Chile. Empresa ésta que no fue fácil pues el Partido Socialista nació con una fuerte vocación hegemónica que lo hacía proclive al aislacionismo y era fuente de un notorio chauvinismo partidario que dificultaba su inserción unitaria en el seno de la Izquierda.

Durante los años cincuenta Salvador Allende fue el arquitecto fundamental en establecer los cimientos del entendimiento y la unidad socialista-comunista, firme pilar que otorga una sólida base de sustentación hasta el presente a la unidad de las fuerzas populares chilenas. Esta empresa estaba crizada de dificultades. Las querellas ideológicas con los comunistas -todavía influidos por las prácticas intolerantes del período stalinista y agravadas por su parte por las fuertes reminiscencias amarquizantes y trotskizantes en el Partido Socialista-, y por otro lado, la virulenta rivalidad entre ambos partidos por el predominio sindical y su lucha competitiva por hegemonizar al movimiento obrero, hacían de este intento por favorecer el entendimiento socialista-comunista una tarea ardua y compleja.

Allende trabajó persistentemente en esta tarea y es obra en gran parte suya el que en Chile -a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los países del mundo, con gran daño para las fuerzas progresistas de la humanidad-, socialistas y comunistas se hayan ido acostumbrando a entenderse,

conocerse recíprocamente e influenciarse entre sí, hechos todos que sobre todo con vistas al futuro de Chile tienen una importancia extraordinaria.

Durante los años sesenta, el empeño de Allende en su política perseverante por construir la unidad política del pueblo chileno, estuvo marcada por su esfuerzo por vencer la resistencia sectaria del Partido Socialista para coligarse junto con los comunistas y otras fuerzas de Izquierda con el Partido Radical, al que se lo identificaba, a mi juicio erróneamente, como expresión transparente de la burguesía productiva nacional, clase social a la cual los socialistas le negaban con razón la condición de componente idóneo de una coalición de fuerzas democrático-revolucionarias. También Allende pudo triunfar en estos empeños y el radicalismo, purgado de sus ingredientes más conservadores, pasó a ser parte integrante de la Unidad Popular.

En segundo lugar, durante este decenio, Allende fue activo promotor y el más entusiasta partidario de que la Izquierda se abriera para recibir en su seno a los sectores avanzados de la Democracia Cristiana que habían abandonado ese Partido, por discrepancias con la orientación de derecha que había asumido durante la segunda parte de la Administración del Presidente Frei. Igualmente se esforzó Allende por ligar partidos tradicionales de Izquierda en ese período, con los remanentes más progresistas de lo que fue el populismo ibañista de los años cincuenta y que todavía tenían alguna significación política.

De este modo se puede afirmar que Salvador Allende fue el constructor fundamental de la unidad de la Izquierda chilena, que cristalizó a fines de los sesenta en la Unidad Popular y que lo llevó a la victoria en la campaña presidencial de 1970.

Pese a los cambios fundamentales ocurridos en Chile desde el golpe fascista hasta el presente, y a las tendencias disgregadoras que siempre acompañan a los reflujos políticos, los parámetros esenciales para mantener y desarrollar en el futuro la unidad social y política del movimiento popular chileno, siguen siempre vigentes y cada vez más necesarias.

Durante su gobierno, Allende comprendió mediante la práctica que el grado de homogeneidad y de concierto en la alianza política que constituía la Unidad Popular, era insuficiente. Vislumbró entonces la posibilidad de convertir esta alianza en un bloque político con una conducción única, en el que los diferentes partidos que lo integraban pasaran a constituir segmentos de este bloque, a los que propuso llamar "destacamentos", distinguidos por el nombre de la más relevante personalidad hitórica de cada uno de ellos. Los socialistas habrían de denominarse Destacamento Eugenio Matte, los comunistas Destacamento Luis Emilio Recabarren, los radicales Destacamento Pedro Aguirre Cerda, los partidos de origen cristiano, Destacamento Rafael Luis Gumucio, y así los demás partidos de la Unidad Popular. Intentó dar forma a esta iniciativa a propósito de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, logrando que los partidos de Izquierda inscribieran sus candidaturas como Partido unido de la Unidad Popular. Pero desgraciadamente en aquella ocasión no estaban creadas las condiciones para darse ese gran salto adelante en el proceso de profundización de la unidad política de las fuerzas populares chilenas. La Unidad Popular no logró forjar una conducción única durante el gobierno de Allende, ni homogeneizar su estrategia y táctica política. Ni siquiera fue ello posible en el propio Partido Socialista, en cuyo seno surgieron orientaciones políticas contradictorias que se neutralizaron recíprocamente entre sí y debilitaron su influencia política.

No pudo nuestra alianza política entregarle al Presidente Allende -que la reclamaba- una orientación única, coherente y compartida que hubiera significado darle mayor eficacia y fuerza a su gestión política, las que de haberse logrado habrían hecho difícil o imposible el éxito de la contrarrevolución.

Pero lo que Allende no logró entonces -profundizar, renovar y superar a la Unidad Popular, con la mira de constituir un compacto bloque democrático hacia el socialismo- sigue siendo la más importante tarea actual del movimiento popular chileno. Sin ese bloque conformado sobre todo a través de la acción común y en el seno del pueblo, descontento y sediento de conducción unitaria y renovada, será difícil derrotar a la dictadura militar, poniendo término a esta fase contrarrevolucionaria de nuestra historia. Lo más que se podrá lograr sin esa superior unidad será un retorno a la democracia tradicional, formalista y parlamentaria, lo que está muy lejos de satisfacer la demanda popular de participación activa y permanente en la cosa política y conducción unitaria en

la acción práctica. Esta última es, a su vez, condición necesaria para conquistar la hegemonía ideológica en el seno del pueblo por esa Izquierda renovada, disputándole a las fuerzas conservadoras el control de las conciencias y conductas políticas, sin lo cual no es viable pensar en retomar el camino de las transformaciones sociales democrático-revolucionarias que puedan superar el punto muerto y el empate social que subyace como telón de fondo de la situación política chilena, tras la frustración de la etapa democrático formal en lo político y desarrollista en lo económico, sobredeterminadas por la estructura capitalista hegemónica en la sociedad.

De ahí porqué recobre relevante actualidad la trayectoria y el legado unitario de Salvador Allende, en un momento que bajo una u otra forma han ido emergiendo en el campo popular y progresista chileno, al calor de la cultura política del reflujo que siguió a la derrota, tendencias que son pretexto de renovarlo todo y de cuestionarlo todo, con un marcado tinte de diversionismo ideologizante, conducen en la práctica a introducir y magnificar en el seno de la Izquierda antagonismos secundarios, en torno a diferentes utopías que inspiran a las diversas fuerzas políticas. O en torno a problemas que todavía no ha resuelto nadie en el mundo, y a los que sólo la historia, la lucha y la vida darán respuesta definitiva.

Es en el decurso de esa lucha del pueblo chileno, interrelacionada con la de los demás pueblos, donde esas interrogantes encontrarán respuesta, y no en cenáculos académicos alejados de las concretas cuestiones que inquietan a las masas, y en relación a las cuales el papel de la instancia y el pensamiento político es convertir su descontento en lucha y su rebeldía difusa en combate organizado. Esa es hoy la tarea del día, y no otra. Con lo que ya se ha logrado como consenso entre todas las fuerzas democráticas para combatir la dictadura y concebir la transición a la democracia plena, hay más que suficiente para justificar un quehacer unitario y avanzar hacia la conformación de un pensamiento y una conducción unificada de las luchas populares.

No se comprendería el alcance y la actualidad del mensaje unitario de Allende si no aludiera a lo que es su necesario complemento: el espíritu abierto, amplio, antiseccionario y antidogmático de Salvador Allende.

Nunca creyó tener "la verdad en el bolsillo", siempre escuchaba las opiniones que le parecían autorizadas y responsables. Nunca anatematizó ni descalificó a los que en el seno del pueblo pensaban diferente de él y siempre quiso encontrar en ellos la parte de verdad que contenían sus opiniones.

En la hora actual, la lucha contra el sectarismo y el dogmatismo -a los que en sus palabras y en sus actos siempre Allende combatió-, es elemento decisivo para que podamos enriquecer, unir y renovar a la Izquierda chilena, pensando siempre que en el seno del pueblo las diferencias no son antagónicas ni justifican enconadas querellas, sino por el contrario, cada una de ellas refleja valoraciones complementarias de la realidad, la cual no se puede ni transformar si no se la capta en su totalidad y en sus matices, para lo cual la erradicación del espíritu sectario y la estrechez dogmática es condición indispensable.

SU LEGADO NACIONAL

Cuando de modo folklórico Allende afirmaba que la revolución chilena debía tener "sabor a empanada y vino tinto", estaba apuntando a la necesidad de enraizar al movimiento popular a nuestra historia y sus tradiciones, y poder así proyectarlo hacia el futuro. La vía chilena al socialismo, de la cual hablaba Allende, no debe entenderse como si hubiera creído que nuestra sociedad escapaba a las leyes generales que rigen los procesos sociales, sino al hecho de que esas leyes se manifiestan en nuestra historia a la manera chilena, de acuerdo con la forma que en nuestro país se han ido dando las constantes de la historia universal, y que como en todas partes resultan inéditas y expresivas de lo particular de las situaciones específicas.

Su valoración del ingrediente democrático en la búsqueda concreta de la revolución chilena, como un elemento siempre presente en la forma como el pueblo chileno se ha ido abriendo camino en la sociedad global y en la historia, resulta ser así un componente que no se puede negar o desconocer si se quiere que el movimiento popular se sustente en las luchas del pasado y del presente y no aparezca como una irrupción inusitada, sin relaciones de continuidad con las

conquistas democráticas con que ese movimiento fue permeando la vida nacional a lo largo de su historia.

No se trata pues, de que nuestra democracia, supuestamente a diferencia de otras, esté por encima de las clases, y de que la pugna entre ellas no sea en nuestro país irreconciliable -como lo demuestra la contrarrevolución contra el Gobierno de la Unidad Popular-, sino que en Chile el apoyo y el sustento democrático de las mayorías nacionales es condición para el avance victorioso del proceso de cambio, el que no puede ser impuesto artificialmente desde arriba, sino que debe edificarse sobre el consenso de las masas populares, su organización y sus iniciativas.

Este carácter nacional del legado de Allende se manifiesta claramente si recordamos que su apasionada solidaridad y apoyo a las experiencias de otros pueblos, entre ellos los de América Latina, no implicaban para él que nosotros tuviéramos que imitar esas experiencias y diluir nuestra particularidad nacional en lo general o en lo específico de otras situaciones, sino sólo vertebrar nuestra lucha con la de los otros pueblos del mundo.

SU LEGADO ANTIMPERIALISTA Y AGRARISTA

Allende tenía conciencia de que la brega contra el imperialismo constituía un rasgo esencial e insoslayable de nuestro proceso de liberación nacional.

Su nombre estará siempre presente en nuestra historia como el del mandatario bajo cuyo gobierno se nacionalizaron las empresas de la gran minería del cobre, la llamada "viga maestra" de la economía chilena y nuestro principal recurso natural en la época.

No es por casualidad tampoco que se haya denominado "Doctrina Allende" la doctrina expropiatoria de las riquezas que en los países dependientes están bajo propiedad foránea, tomando en cuenta para los efectos de la indemnización el hecho de que las empresas imperialistas han obtenido en el pasado abultadas y exorbitantes utilidades cuya magnitud hace legítimo el descontar lo que de ellas exceda a las utilidades normales, cuando se quiere determinar el precio de la expropiación.

También Allende comprendía que la emancipación social de los chilenos no podía consumarse sin la incorporación efectiva y participante del campesinado a la vida nacional. De allí su decisión de profundizar el proceso de reforma agraria, entregándole a los campesinos la tierra para ser trabajada particular o cooperativamente, estimulando al mismo tiempo la organización y la concientización del campesinado, proceso que alcanzó especial relevancia durante su Gobierno.

De esta forma, las dimensiones antimperialista y antilatifundista como contenidos sustantivos del programa de la revolución chilena -consignas que amplios sectores del pueblo a veces no sienten o no valoran en su urgencia-, se vieron materializadas e impulsaron nuevos esfuerzos y movilizaciones que multiplicaron el compromiso de las masas trabajadoras con el que fue, efectivamente, *su gobierno*, el más justiciero y patriótico de la historia de Chile.

SU LEGADO LATINOAMERICANO E INTERNACIONALISTA

Allende comprendía que la lucha contra el imperialismo no era sólo una lucha del pueblo de Chile, sabía que también lo era de los otros pueblos latinoamericanos y que era menester plantearse unitariamente, a escala continental, la realización de la gran tarea reivindicadora de nuestra soberanía y nuestras riquezas.

De allí su decidido y resuelto apoyo desde el comienzo a la Revolución Cubana, su estímulo a las iniciativas que en los años sesenta propiciara el ex-Presidente Cárdenas para organizar un gran movimiento social y nacional de alcance latinoamericano en pro de la Liberación Nacional y de la Emancipación Social de nuestros pueblos. De allí su presencia entusiasta en todas las iniciativas que desde su fundación propugnara el Partido Socialista chileno para coordinar las luchas de los partidos afines del continente.

Durante su Gobierno, Allende llevó a la práctica esa dimensión bolivariana de su pensamiento. Por eso se empeñó en la realización del proyecto integrativo sub-regional del Pacto Andino; de allí también sus esfuerzos por mejorar nuestras relaciones con los países vecinos, las

que alcanzaron señalado éxito, e igualmente su empeño por anudar por vez primera relaciones fraternas y solidarias con México.

Proyectada más allá de América Latina, Allende comprendió la necesidad de ligar a Chile al Movimiento de los No Alineados, y de vincularlo a los esfuerzos que los pueblos del Tercer Mundo realizaban por construir un más justo nuevo orden económico internacional, inspiración que logró cristalizar con la celebración en Chile de la Tercera Conferencia Internacional para el Comercio y el Desarrollo, en la cual su participación como Presidente de Chile fue descollante y decisiva.

Allende comprendió a través de la experiencia y de la correcta lectura de la realidad de nuestro tiempo, la verdad y la profundidad del contenido internacionalista del socialismo. Supo valorar, en consecuencia, la significación del respaldo que la comunidad de Estados Socialistas entregaba a las luchas liberadoras de los pueblos y la importancia de las transformaciones sociales que se llevaban a cabo en su seno, sin adoptar tampoco frente a ellos una actitud acrítica y obsecuente, que no se avenía ni se aviene con el carácter autónomo del socialismo chileno ni con su acendrada convicción de la necesidad que Chile construyera su propia inserción en el movimiento revolucionario mundial.

En este contexto Allende fue un activo luchador por la causa de la Paz, y no escatimó energías en respaldar con su actividad y su presencia todas las iniciativas destinadas a favorecer la distensión y a promover el desarme, convencido como estaba que el conjurar el peligro de una guerra nuclear -a lo que conducía la agresiva conducta imperialista-, era y es uno de los principales objetivos de las fuerzas avanzadas y progresistas de la humanidad.

SU LEGADO PARTIDARIO Y SOCIALISTA

Salvador Allende expresó en un torneo partidario próximo a su asunción a la Presidencia de la República, después de la victoria electoral del 4 de septiembre de 1970: *"todo lo que soy se lo debo a mi Partido"*. Hablaba entonces el Presidente electo de Chile, por la voluntad popular.

En esas breves pero significativas palabras se encierra toda una definición de su postura política. Allende no era un caudillo. No era un líder populista. No era un personaje mesiánico que se encumbraba al calor de los sentimientos y en la fragilidad de las coyunturas. Allende era un militante del Partido Socialista, un hombre cuya personalidad política se forjó en el seno del pueblo organizado, consciente y en ascenso.

Allende era un hombre de partido. No en el sentido menguado de la asistencia escrupulosa a las reuniones, por las reuniones; ni en el sentido de la introvertida conducta del hombre de aparato, para quien el Partido es un fin en sí mismo y su orgánica un sustituto caricaturesco de las masas. Muy por el contrario, Allende era un socialista presente donde había que pelear, fuera ante una multitud enfervorizada de huelguistas, fuera en el Congreso Nacional para disputarle la hegemonía en el debate parlamentario al adversario de clase. Fuera en un torneo internacional donde debía escucharse la palabra chilena y socialista, fuera en el gabinete de un Ministro para exigir con firmeza el respeto por los derechos del pueblo. Fuera estimulando con su conducta a los pobladores que se "tomaban" un terreno para construir allí sus viviendas, fuera ante la Asamblea de las Naciones Unidas, para plantear como Presidente de Chile las grandes reivindicaciones nacionales.

Así entendía Allende ser hombre de partido. No encapsulándose en el seno de los comités ni en conciliábulos más o menos estériles para discutir sobre cuestiones accesorias, sino abriéndose al pueblo y yendo hacia él, para hacer conciencia, movilizarlo y organizarlo.

Y en esta apertura hacia los trabajadores chilenos él veía la acción de una idea cristalizada en una organización: el Partido Socialista.

Por eso expresó, dirigiéndose a sus camaradas: *"Como militante socialista y compañero Presidente de Chile, no puedo pedirles otra cosa a ustedes, mis hermanos en la idea y en la acción, que hagan del Partido un instrumento duro, firme y acerado, flexible, combatiente, con centralismo democrático y auténtica conciencia revolucionaria"*.

Lejos pues del pensamiento de Allende el menosprecio de la instancia partidaria y el

personalismo descontrolado. Desde el Gobierno de la Unidad Popular, lo que él exigía y reclamaba era orientación y línea, elaborada por la instancia política unitaria para hacerla realidad desde el poder. Y su principal descontento provenía de las insuficiencias de la alianza política que lo llevó al poder, para inspirar y proyectar la acción gubernativa, pues nunca se sintió por encima de los partidos, sino que quiso siempre y aspiró a serlo, un legítimo y consecuente intérprete de las aspiraciones populares, procesadas por los partidos -que esa es su misión-, y traducida luego en una línea política, la que debía servirle de faro orientador.

Importante y actual resulta en esta hora remarcar el rol que Allende le asignaba a los partidos políticos populares, en un momento como el actual en que ingenuos espontaneismos y liquidacionismos desmovilizantes, pretenden cuestionar el papel imprescindible, necesario y esencial que la instancia política cumple en el proceso social transformador, como el verdadero sujeto real consciente y eficaz de los cambios que se quiere producir en la realidad social.

EL LEGADO MORAL DE ALLENDE

No podría culminar esta evocación al Mensaje que Allende entregó a la posteridad, a las generaciones actuales y venideras, sin reparar en la lección moral que deja su compromiso político, sellado por la entrega de su sangre en aras de sus ideales, que eran los de su pueblo y de su patria.

¡Cuán gigantesca y distinta aparece su imagen ante la historia, si se la compara con la de tantos caudillos y caudillitos, políticos y politiqueros, que han hecho del quehacer público sólo un trampolín para satisfacer ambiciones personales o de grupo!

Los chilenos, y en especial los socialistas, nos inclinamos ante su figura histórica, cuyo legado ético, cuya estela moral, es y será motivo de orgullo para quienes fuimos sus camaradas y somos ahora responsables de restaurar y renovar la Democracia Chilena enrumbándola en la dirección del socialismo.

